

CRISTIANDAD

Año XXII - Núm. 416

BARCELONA

OCTUBRE 1965

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

JAIME BOFILL BOFILL

EDITORIAL

ANTOLOGIA DE ARTICULOS

«PAX ROMANA» Y SU ACCION EN EL FUTURO.

MEDITACION NAVIDEÑA

SAPIENTIA CORDIS

de Jaime Bofill Bofill.

¿TRIUNFALISMO?

Roberto Cayuela, S. I.

DE LA LITURGIA DE CRISTO REY

Himnos traducidos por
Juan M. Solá, S. I.

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION. INICIOS DEL SIONISMO.

Luis Creus Vidal.

LA APLICACION DE LAS NORMAS LITURGICAS.

E. Guerrero, S. I.

«LA UNIDAD CATOLICA ESPAÑOLA»

Manuel Poch Campdurá.

CINE EUROPEO Y AMERICANO

José M. Mundet Guifré.

BURGOS: CITA CON SENECA

Nicolás Lombardo.

REDACCIÓN: Lauria, 15. 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302 2.º - Telf. 222 24 46

Acaba de dejarnos Jaime Bofill, que para SCHOLA CORDIS IESU y CRISTIANDAD ha venido a representar algo muy hondo.

Nació en 1910, en la casa del Arcediano de Barcelona, cabe a la catedral, corazón de nuestra urbe gótica, hijo del cantor más exquisito —después de Verdaguer— que han tenido nuestras montañas; pero no fue sino durante la guerra española cuando tuvo ocasión de intimar con el P. Orlandis. Acudía asiduamente a la casa donde el Padre se hallaba refugiado en Barcelona para oír sus lecciones de latín y griego, y fue entonces cuando inició, bajo la dirección de aquel maestro, los estudios de filosofía, encontrando en ellos su verdadera vocación, su orientación definitiva.

Terminada la guerra, cursó la carrera de Filosofía y Letras y recién licenciado ganó en 1943, con el número uno, las oposiciones a cátedra de Instituto, que desempeñó en el «Milá y Fontanals» de Barcelona.

Recordamos aún aquel banquete íntimo, en Sarriá, para festejar a Jaime Bofill y también a nuestro amigo Enrique Freixa que había ganado otra cátedra en la Escuela de Ingenieros de Barcelona. Allí surgió la idea de la revista CRISTIANDAD, que inició su publicación al año siguiente y que debe a Bofill, no sólo su iniciativa, sino también lo más selecto de su contenido.

Discípulo predilecto del P. Orlandis pasaba largos horas con él, en pláticas interminables en torno a la filosofía de Santo Tomás, la Teología de la Historia y tantos otros temas que han constituido el objeto nuclear de nuestra revista.

Nadie como Bofill llegó a conocer tan bien el pensamiento orlandiano. Pero Bofill logró captar este pensamiento dándole su propia personalidad. Uno de sus mejores frutos fue su tesis LA ESCALA DE LOS SERES.

Poco después de doctorarse obtenía la cátedra de Metafísica en la Universidad de Barcelona que ha desempeñado durante quince años. No hablaremos de su magisterio del que hizo un verdadero sacerdocio. Ya hablarán sus discípulos.

Sería sin embargo mutilar la personalidad de Bofill si sólo viésemos en él a un intelectual. Bofill predicó con su palabra y con su vida: fue un completo ejemplar de varón cristiano. Animado de un afán de perfección hacía periódicamente los Ejercicios de San Ignacio, de los que organizó varias tandas en su casa solariega de Viladrau, algunas de las cuales dio el propio P. Orlandis. Su piedad sincera, su generoso sentido de la amistad, su vida de familia, la aceptación heroica y aún alegre de sus dolencias físicas con las que luchó a lo

rar nuestro apostolado y, ¿por qué no decirlo? nuestra política.

Fundar nuestro apostolado en la humildad tanto quiere decir como reconocer la absoluta impotencia del hombre para resolver por sí mismo unos problemas —los de la implantación y consolidación de la paz en el mundo— que sobrepasan las fuerzas de toda institución meramente humana: «*Porque no hay institución humana alguna que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes como fue el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos*» (1); fundamentar nuestro apostolado en la humildad quiere decir reconocer nuestra impotencia para vencer en una lucha trabada, no tan sólo contra la carne y la sangre, es decir, contra los intereses económicos y los egoísmos nacionales sino contra los principados y potestades, es decir, contra el sectarismo organizado; quiere decir evitar de raíz que nuestra obra degenera en vana palabrería, merecedora de atraer sobre sí la terrible sentencia del Apocalipsis que Pío XII nos recuerda: «*Dices: rico soy y opulento, y no sabes que eres miserable, y pobre y desnudo.*»

b) *Reconocer la fuerza y la malicia de nuestros enemigos.*

Combatir el falso optimismo significa, en segundo lugar, reconocer la fuerza y la malicia de nuestros enemigos. Tenemos demasiada inclinación a excusar a los enemigos de Cristo y de su Iglesia cuando, en realidad, en nada insisten tanto los Papas como en ponernos en guardia contra su perfidia. ¿Hemos olvidado ya a León XIII y su Encíclica «*Humanum genus*»? ¿Hemos olvidado a Pío X y su Encíclica «*Pascendi*»? ¿Hemos olvidado a Pío XII, felizmente reinante, que nos advierte desde su ascensión al Solio pontificio que hacer profesión de cristiano equivale en nuestros días a tener que luchar con oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados como jamás lo fueron en tiempos anteriores? (2).

Que las luchas que con tanta frecuencia sostienen entre sí los enemigos de la Iglesia no distraigan nuestra atención. Pensemos que el enemigo no cesa nunca en su persecución contra ella; sea el que sea, por otra parte, el credo político que diga profesar.

No hace falta en este momento recordar la persecución cruenta fruto del comunismo ateo que devasta las cristiandades ilustres del Oriente y Centro de Europa; pero pasa más desapercibida la persecución solapada fruto de la civilización protestante que, bajo la forma de corrupción de costumbres e ideas, pone en peligro en todo el mundo nuestra honestidad y nuestra fe.

Raíz de hondo pesimismo y espíritu liberal

Quien se contentare con esta segunda situación bajo pretexto de que peor estaríamos si cayésemos en la primera, ¿no mostrará en definitiva una desconfianza práctica de que la Iglesia Católica llegue un día a ser libremente reconocida en sus derechos por todos los pueblos?

(1) Pío XI, Encl. «*Ubi Arcano*». Ed. Acción Católica Española, pág. 827.

(2) Pío XII, Encl. «*Summi Pontificatus*». Ed. A. C. E., pág. 402.

Bajo una satisfacción aparente ¿no esconde esta actitud una raíz de hondo pesimismo que ahogará en germen toda empresa para un mundo mejor?

Esta actitud tiene un nombre: *el liberalismo*; el cual *de ninguna manera es amor legítimo a la libertad humana sino renuncia al Ideal cristiano*, y por ello ha atraído sobre sí en todo momento las condenas pontificias.

El liberalismo invoca la necesidad de convivir con los no católicos, e incluso de atraerlos. Vana ilusión. El pleito que con ellos sostiene la Iglesia no admite una solución transaccional. No puede reducirse la distancia que nos separa recorriendo cada uno la mitad del camino: porque si se trata del camino de la caridad somos nosotros los que debemos recorrerlo por entero; mas si se trata del camino de la fe, son ellos los que deben hacerlo.

No pensemos en atraer a nadie por medio de estas soluciones tímidas: porque un Ideal que se minimiza de tal suerte pierde, por este mismo hecho, su fuerza atractiva. Debemos proponer a nuestro tiempo el Ideal católico en toda su pureza, en toda su rotundidad: el mundo debe ver en él algo *radicalmente diverso* de todas estas falsas soluciones que sus propios profetas le brindan, y sobre las cuales la amarga experiencia de la Historia va dejando caer un grueso y frío manto de escepticismo...

«EL REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO» fórmula que concreta el ideal católico y las esperanzas de la Iglesia

Pero, ¿existe en verdad un Ideal católico social, a la vez divino y humano, capaz de mantener abierta todavía una puerta a la esperanza?

¡Sí!, podemos responder con entusiasmo, ¡este Ideal existe! Más todavía; este Ideal tiene, modernamente, un nombre propio, está concretado en una fórmula clara, sugestiva, de todos conocida: «*El Reinado social de Jesucristo.*»

Jesucristo es Rey; Jesucristo es Rey pacífico, y El solo puede dar al mundo la suspirada paz. Nadie como los que militan en «*Pax Romana*» puede comprender esta verdad que es tesis de la Iglesia, con sólo meditar la divisa de Pío XI adoptada como propia por su organización: «*Pax Christi in Regno Christi.*»

¡Sí! la fórmula «*Jesucristo Rey*» concreta un auténtico Ideal social; y por lo mismo, concreta también una gran esperanza. En adelante, no deberemos ya aceptar, con resignación que nada tiene de cristiana, una paz de vencidos con el mundo: Jesucristo Rey, apostrofa en persona nuestra conciencia de cristianos, exclamando: «*¡Tened confianza, Yo he vencido al mundo!*»

Con este fin de alentar en nosotros la confianza fue instituida por la Encíclica «*Quas Primas*» la festividad litúrgica de la Realeza de Cristo. Muchos no comprendieron el extraordinario alcance de la misma: una nueva Encíclica, la «*Miserentissimus*», aparece para dejar inequívocamente sentado este extremo:

«*Al hacer esto*» —al instituir la fiesta de Cristo Rey— (proclama triunfalmente el Sumo Pontífice) «*no nos propusimos tan sólo poner de manifiesto el imperio que a Cristo compete sobre todas las cosas: sobre la Sociedad civil y doméstica y sobre cada uno de los hombres en par-*

misticismo, ya por la que él mismo ha denominado «heredía de la acción», importa sobremanera que no falseemos nuestra vocación. Debemos convencernos de la *importancia excepcional de los principios teóricos*, de las grandes verdades naturales y sobrenaturales para evitar que nuestra fe se disuelva en sentimiento y nuestra acción en reacciones impulsivas.

Hacen falta a la Iglesia hombres de convicciones; mas, ¿cómo formarlos, sino por el estudio y la meditación?

Convenzámonos de esto: de que si el Papa ha podido decir a los universitarios católicos que su hora está sonando en estos momentos (11), es porque el mundo está preparado para recibir el mensaje religioso-social-político de la Iglesia y *porque nuestra misión específica es precisamente transmitirle este mensaje*.

El cuerpo de doctrina pontificia presidido por la idea de la Realeza de Cristo

Este mensaje, contenido en las Encíclicas, forma un cuerpo de doctrina admirablemente completo y unificado. En él se consideran todos los problemas públicos y privados que la sociedad actual tiene planteados: el problema del matrimonio y de la familia, el problema de la enseñanza, el problema social, el problema internacional, el problema fundamental de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, etc., no con mirada general y superficial, sino que cada uno de estos temas es estudiado de propio, estableciendo claramente los fundamentos de derecho natural y divino en que una solución correcta de los mismos debe necesariamente apoyarse.

Todas estas soluciones forman verdaderamente un todo, un sistema perfectamente trabado; no podía faltar, en efecto, al pensamiento pontificio la nota de unidad que exige toda auténtica construcción intelectual. Pero si ello es así, es evidente que no basta a nuestro objeto una consideración aislada de las mismas, porque esta fragmentación trastornaría su valor respectivo y debilitaría su fuerza.

Una perfecta comprensión del pensamiento pontificio encerrado en las Encíclicas exige, pues, considerarlas a la luz del principio de que su unidad deriva. Mas, ¿cuál es este principio? Hémoslo indicado suficientemente: es la idea verdaderamente arquitectónica y presidencial de la Realeza de Cristo.

Tan sólo procediendo de esta manera, a saber: estudiando esta idea en sí misma y luego en los reflejos que irradia sobre todos los demás principios menos universales, dejará de ser ella una fórmula abstracta, vacía de virtualidades prácticas para ser la *fórmula salvadora* que

los Papas nos proponen; mientras que los demás principios particulares adquirirán por su parte el *pleno sentido* que tan sólo en la Realeza de Cristo encuentran.

Conclusiones

Resumamos brevemente, en unas pocas conclusiones, lo anteriormente sentado.

1.º La aportación específica del universitario católico a la obra común de la paz debe desarrollarse *en el orden intelectual*. Esta contribución no teórica, ni al margen de las preocupaciones del siglo, sino eminentemente práctica y social, ha de consistir en el estudio, difusión y defensa de la doctrina pontificia contenida principalmente en las Encíclicas; y ello, no tanto en su aspecto teológico, que escapa a nuestra competencia, sino *en tanto que propuesta como único remedio eficaz y definitivo* de los males de nuestra sociedad.

2.º Estando constituida esta doctrina por una serie de principios solidarios, ordenados en un sistema coherente y orgánico, es misión del universitario católico *hacer notar esta mutua dependencia y jerarquía según el propio pensamiento pontificio*; evitando que la consideración aislada de principios particulares o de documentos ocasionales pueda llevar a confusión sobre la naturaleza del remedio propuesto por los Pontífices o restarle parte de su virtualidad.

3.º La idea que preside y unifica este cuerpo de doctrina, según los Pontífices insistentemente subrayan, es la *idea del Reinado social de Jesucristo* bajo cuyas banderas llama el Papa a *todos los hombres de buena voluntad*.

4.º Los Papas confían como *medio principal y sobrenaturalmente adecuado* para conseguir la implantación de este Reino en el Mundo en la *devoción al Sagrado Corazón de Jesús*. La relación entre ambas ideas está expuesta principalmente en las cinco capitales Encíclicas: «*Annum Sacrum*», de León XIII, «*Ubi Arcano*», «*Quas primas*» y «*Miserentissimus Redemptor*», de Pío XI, y «*Summi Pontificatus*», de Pío XII; la misión del universitario católico que busca ofrecer a nuestros contemporáneos la auténtica síntesis doctrinal cuya necesidad cada día es más real y sentida; que busca o procura una síntesis lógicamente trabada, pero al mismo tiempo cálida, capaz de provocar el entusiasmo del corazón lo mismo que el aplauso de la inteligencia, ¿no podemos cifrarla ante todo en el estudio del ideal pontificio a la luz de estos cinco fundamentales documentos?

JAIME BOFILL

Barcelona, junio de 1946

(11) Allocución a los jóvenes de la Acción Católica italiana. Vid., «Cristiandad», núm. 54, «Editorial».

¿TRIUNFALISMO?

«Latet anguis in herba».
Serpiente está escondida en la yerba.
(Virgilio.)

Hay palabras que tienen fortuna, y se ponen de moda. Tal es la palabra «triumfalismo».

Triunfar es quedar victorioso; triunfo es el acto solemne de la manifestación pública de una victoria; o el éxito feliz en un empeño dificultoso; y así, entrar en triunfo es ser recibido el vencedor entre aclamaciones y demostraciones públicas de gozo y de entusiasmo. Pero la palabra «triumfalismo» no está en el Diccionario de la Lengua Castellana; es palabra exótica, importada del extranjero, sin que haya obtenido carta de ciudadanía en nuestro idioma.

Y es palabra algo ambigua, no poco oscura. Cuando alguien la pronuncia, hay que ver, y casi adivinar, por el contexto, por el tono y demás circunstancias, si se trata de una cosa digna de aprobación, de una cosa deseable; o, por el contrario, de una cosa que no se ha de admitir, sino que se ha de rechazar. En este sentido la dicen, sin duda, los que refiriéndose a Jesucristo y a su Iglesia, dicen con aire y tono progresista, y mostrando manifestamente su adverso sentir: «nada de triumfalismo», «cap triumfalisme», como lo oímos en una homilía, y nada menos que en la fiesta de Cristo-Rey. (!!!).

Pero aresurémonos a afirmar paladinamente que ese sentido peyorativo, con que se pronuncia la tal palabra, es un sentido desviado, por no decir, más propiamente, falso. Por lo menos siempre es una idea y una expresión muy propicia para engendrar confusionismos.

Hay, en verdad, serio peligro de que este concepto, tal como lo entienden y lo expresan los contrarios a todo triumfalismo de Cristo y de la Iglesia, entrañe, y por lo mismo difunda, un criterio contrario y del todo adverso al Reinado Social de Jesucristo, a su Soberanía social, al verdadero triunfo de El y de su Iglesia en la sociedad humana, ya familiar, ya civil, ya de cualquiera otra forma, durante la peregrinación de los hombres en la tierra. Un triunfo mal entendido, como lo entienden los que así hablan, un triumfalismo rechazado como cosa que no debe ser, que no se debe admitir, una cosa que no está en los planes de Dios, y que Dios mismo no la quiere, podría resucitar los errores que tanto comenzaron a cundir en el siglo pasado sobre relegar la vida de la Iglesia y las manifestaciones de la vida cristiana a sólo el recinto del templo, a las sacristías, como se decía con aire burlón, o, a lo más, a la intimidad del hogar. Ahora hemos *progresado* (?) todavía más; ahora hay quienes defienden y promueven un irenismo absurdo, una coexistencia tan pacífica con todos, que puedan los errores manifestarse y cundir por todas partes, y pueda la maldad ostentarse triunfante (aquí sí el «triumfalismo» admitido o respetado), sin que se deje sentir la autoridad de la Iglesia, ni el influjo salvador de Cristo, único Maestro y Rey divino, que vino a enseñarnos la verdad y a conducirnos por los caminos del bien y de la virtud, diciéndonos que la verdad nos hará libres.

Se impone, pues, la necesidad de aclarar conceptos, de deshacer equívocos. Lo procuraremos con las siguientes indicaciones.

LA CUESTION DE CRISTO Y SU IGLESIA

Nos referimos, claro está, a la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia en la tierra, conforme al plan de Dios; y para exponer con acierto esta cuestión, probaremos dos cosas: la realidad innegable de que Cristo y la

Iglesia han sido, son, y han de ser vencedores triunfalmente, aun en la tierra; y la naturaleza, o carácter, o sentido de esta victoria triunfal.

I. REALIDAD INNEGABLE DE UNA VICTORIA TRIUNFAL DE CRISTO Y DE SU IGLESIA

Ya al principio, tan pronto como se abatió sobre la tierra la oscura cerrazón de la noche del pecado, en el mismo paraíso terrenal, cuando la bondad misericordiosa de Dios anunció a nuestros primeros padres la futura liberación y redención, lo hizo haciendo brillar a sus ojos, en lontananza, una perpetua lucha y una plenisima victoria; la del Mesías en brazos de una Virgen Madre; el triunfo de la descendencia de la mujer, en unión de la Mujer por excelencia, Cristo con María, sobre todo el

poder y todas las insidias de la serpiente infernal. Con razón se han llamado esas inefables palabras divinas de consoladora esperanza, el Protoevangelio.

Después, a lo largo de los siglos, por todo el Antiguo Testamento, sigue Dios manteniendo la gran esperanza de la victoria y del triunfo del Mesías y de su obra; y lo va esclareciendo y delineándolo todo más y más, por boca de los Profetas y en los Salmos.

largo de su vida, el entusiasmo que ponía en sus obras y que contagiaba a los demás, son una lección, un testimonio vivo tan importante como su magisterio.

Pero como la Santa de Lisieux de la que era especialmente devoto, y en cuyo templo parroquial quiso celebrar su matrimonio, arropaba sus virtudes de una sincera humildad y un total abandono al amor providente de Dios.

Podríamos relatar muchas anécdotas que ilustran su sencillez teñida a veces de un fino humorismo: durante el intercambio de trabajos con un organismo católico francés, recibió una comunicación dirigida a «...Monsieur l'abbé Bofill», a la que él contestó gozoso: «...un abbé padre de ocho hijos».

Quizás estas palabras dichas en un tono humorístico resumen perfectamente la vida de Bofill; un católico seglar que hizo compatible el amor a los suyos con su vocación docente y apostólica.

Esta síntesis de su tarea intelectual y de su vida explica que su pensamiento se moviese como en sus temas centrales en la unidad radical del amor y la contemplación, la bondad divina como motivo de la Creación y fin del universo. Temas característicos de un «tomismo» entendido como **sapientia cordis** expresión de una metafísica del amor adecuada a un apostolado del Reino del Corazón de Cristo.

En homenaje a su memoria reproducimos algunas páginas seleccionadas entre las más características de su pensamiento y de su estilo.

"PAX ROMANA" Y SU ACCION EN EL FUTURO

*Al Congreso Internacional de PAX ROMANA
(Salamanca y El Escorial)
Publicado en CRISTIANDAD, núm. 63. 1-XI-46.*

Necesidad de una reacción justa en la grave situación del mundo

Es preciso considerar en la presencia de Dios y según los intereses de Jesucristo el estado actual del mundo para apreciar en toda su gravedad las circunstancias por las que atravesamos. Porque ya no son posibles los juicios conformistas a que suele llevarnos nuestra pereza con todas las excusas plausibles, cuando el amor de Cristo urge nuestro celo.

Tan ilegítimo, como la pereza, contribuye tanto como ella a fomentar nuestra inhibición el pesimismo, que se apodera principalmente de los espíritus reflexivos a la vista de estos males. Por fortuna los jóvenes, y a ellos nos dirigimos ahora, no suelen tener este peligro. Los jóvenes creen en la radical perfectibilidad de la naturaleza humana, entran decididamente en la lucha, con espíritu de victoria, y por lo mismo, dispuestos al sacrificio y a la generosidad.

Otro es el peligro que deben evitar, aparentemente opuesto al anterior, pero que produce el mismo efecto de cortar el vuelo a nuestras empresas: es el peligro del falso optimismo.

El peligro del falso optimismo

Si hay algo que por todos los medios se procure hoy día fomentar entre nosotros es este falso optimismo, que puede mantenerse tan sólo porque se niega a considerar la realidad cara a cara.

Actitud cobarde, que ocasiona la muerte del sentido de responsabilidad; del espíritu de vigilancia y oración; de la combatividad que es la esencia del espíritu cristiano («sunt enim christiani ad dimicationem nati»); que es, en una palabra, la renuncia al Ideal.

El falso optimismo adultera nuestros juicios de dos maneras: haciéndonos sobrevalorar las fuerzas propias y haciéndonos desconocer las de nuestros enemigos. Se comprende, pues, la necesidad de combatirlo.

Cómo combatir el falso optimismo

a) *Espíritu de humildad.*

Mas, ¿cómo combatir el falso optimismo?

Primeramente, fundando nuestra actuación en la humildad.

La humildad es la base de la perfección cristiana, no tan sólo individual, sino colectiva; por esto debe inspi-

rar nuestro apostolado y, ¿por qué no decirlo? nuestra política.

Fundar nuestro apostolado en la humildad tanto quiere decir como reconocer la absoluta impotencia del hombre para resolver por sí mismo unos problemas —los de la implantación y consolidación de la paz en el mundo— que sobrepasan las fuerzas de toda institución meramente humana: «*Porque no hay institución humana alguna que pueda imponer a todas las naciones un código de leyes comunes como fue el que tuvo en la Edad Media aquella verdadera sociedad de naciones que era una familia de pueblos cristianos*» (1); fundamentar nuestro apostolado en la humildad quiere decir reconocer nuestra impotencia para vencer en una lucha trabada, no tan sólo contra la carne y la sangre, es decir, contra los intereses económicos y los egoísmos nacionales sino contra los principados y potestades, es decir, contra el sectarismo organizado; quiere decir evitar de raíz que nuestra obra degenerare en vana palabrería, merecedora de atraer sobre sí la terrible sentencia del Apocalipsis que Pío XII nos recuerda: «*Dices: rico soy y opulento, y no sabes que eres miserable, y pobre y desnudo.*»

b) *Reconocer la fuerza y la malicia de nuestros enemigos.*

Combatir el falso optimismo significa, en segundo lugar, reconocer la fuerza y la malicia de nuestros enemigos. Tenemos demasiada inclinación a excusar a los enemigos de Cristo y de su Iglesia cuando, en realidad, en nada insisten tanto los Papas como en ponernos en guardia contra su perfidia. ¿Hemos olvidado ya a León XIII y su Encíclica «*Humanum genus*»? ¿Hemos olvidado a Pío X y su Encíclica «*Pascendi*»? ¿Hemos olvidado a Pío XII, felizmente reinante, que nos advierte desde su ascensión al Solio pontificio que hacer profesión de cristiano *equivale en nuestros días a tener que luchar con oposiciones y obstáculos vastos, profundos y minuciosamente organizados como jamás lo fueron en tiempos anteriores?* (2).

Que las luchas que con tanta frecuencia sostienen entre sí los enemigos de la Iglesia no distraigan nuestra atención. Pensemos que el enemigo no cesa nunca en su persecución contra ella; sea el que sea, por otra parte, el credo político que diga profesar.

No hace falta en este momento recordar la persecución cruenta fruto del comunismo ateo que devasta las cristiandades ilustres del Oriente y Centro de Europa; pero pasa más desapercibida la persecución solapada fruto de la civilización protestante que, bajo la forma de corrupción de costumbres e ideas, pone en peligro en todo el mundo nuestra honestidad y nuestra fe.

Raíz de hondo pesimismo y espíritu liberal

Quien se contentare con esta segunda situación bajo pretexto de que peor estaríamos si cayésemos en la primera, ¿no mostrará en definitiva *una desconfianza práctica de que la Iglesia Católica llegue un día a ser libremente reconocida en sus derechos por todos los pueblos?*

(1) Pío XI, Encl. «*Ubi Arcano*». Ed. Acción Católica Española, pág. 827.

(2) Pío XII, Encl. «*Summi Pontificatus*». Ed. A. C. E., pág. 402.

Bajo una satisfacción aparente ¿no esconde esta actitud una raíz de hondo pesimismo que ahogará en germen toda empresa para un mundo mejor?

Esta actitud tiene un nombre: *el liberalismo*; el cual *de ninguna manera es amor legítimo a la libertad humana sino renuncia al Ideal cristiano*, y por ello ha atraído sobre sí en todo momento las condenas pontificias.

El liberalismo invoca la necesidad de convivir con los no católicos, e incluso de atraerlos. Vana ilusión. El pleito que con ellos sostiene la Iglesia no admite una solución transaccional. No puede reducirse la distancia que nos separa recorriendo cada uno la mitad del camino: porque si se trata del camino de la caridad somos nosotros los que debemos recorrerlo por entero; mas si se trata del camino de la fe, son ellos los que deben hacerlo.

No pensemos en atraer a nadie por medio de estas soluciones tímidas: porque un Ideal que se minimiza de tal suerte pierde, por este mismo hecho, su fuerza atractiva. Debemos proponer a nuestro tiempo el Ideal católico en toda su pureza, en toda su rotundidad: el mundo debe ver en él algo *radicalmente diverso* de todas estas falsas soluciones que sus propios profetas le brindan, y sobre las cuales la amarga experiencia de la Historia va dejando caer un grueso y frío manto de escepticismo...

«EL REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO» fórmula que concreta el ideal católico y las esperanzas de la Iglesia

Pero, ¿existe en verdad un Ideal católico social, a la vez divino y humano, capaz de mantener abierta todavía una puerta a la esperanza?

¡Sí!, podemos responder con entusiasmo, ¡este Ideal existe! Más todavía; este Ideal tiene, modernamente, un nombre propio, está concretado en una fórmula clara, sugestiva, de todos conocida: «*El Reinado social de Jesucristo.*»

Jesucristo es Rey; Jesucristo es Rey pacífico, y El solo puede dar al mundo la suspirada paz. Nadie como los que militan en «*Pax Romana*» puede comprender esta verdad que es tesis de la Iglesia, con sólo meditar la divisa de Pío XI adoptada como propia por su organización: «*Pax Christi in Regno Christi.*»

¡Sí! la fórmula «*Jesucristo Rey*» concreta un auténtico Ideal social; y por lo mismo, concreta también una gran esperanza. En adelante, no deberemos ya aceptar, con resignación que nada tiene de cristiana, una paz de vencidos con el mundo: Jesucristo Rey, apostrofa en persona nuestra conciencia de cristianos, exclamando: «*¡Tened confianza, Yo he vencido al mundo!*»

Con este fin de alentar en nosotros la confianza fue instituida por la Encíclica «*Quas Primas*» la festividad litúrgica de la Realeza de Cristo. Muchos no comprendieron el extraordinario alcance de la misma: una nueva Encíclica, la «*Miserentissimus*», aparece para dejar inequívocamente sentado este extremo:

«*Al hacer esto*» —al instituir la fiesta de Cristo Rey— (proclama triunfalmente el Sumo Pontífice) «*no nos propusimos tan sólo poner de manifiesto el imperio que a Cristo compete sobre todas las cosas: sobre la Sociedad civil y doméstica y sobre cada uno de los hombres en par-*

ticular: sino ANTICIPAR EL GOZO DE AQUEL DIA DICHOSISIMO EN QUE TODO EL MUNDO, DE CORAZON Y BUENA VOLUNTAD, OBEDECERA AL DOMINIO SUAVISIMO DE CRISTO REY» (3).

Fundamento de las esperanzas pontificias

¿Cuál es el fundamento de esta esperanza pontificia tan claramente expuesta?

Quien lo reflexione atentamente, advertirá que este fundamento es doble: natural y sobrenatural. El fundamento natural no es otro que la oportunidad psicológica de esta idea, su virtualidad y eficacia para satisfacer no tan sólo las necesidades sociales de todos los tiempos sino especialmente las que son propias de nuestros días.

Nada será más importante para nosotros que percartarnos bien de este hecho, corrientemente desconocido.

«La Realeza de Cristo es, en verdad, inmutable. Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea "Cristo Rey, Reino de Cristo", es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la Realeza de Cristo que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas, sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la Soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones» (4).

Hay que esperar hasta nuestros días en que la Revolución, primero liberal y luego socialista, *se ha levantado temáticamente contra la Realeza de Cristo*, y pueblos y gobernantes, como dice Pío XI (5), han hecho suyo aquel grito nefando «*nolumus hunc regnare super nos*» para que la conciencia de aquella verdad hiciera, por así decirlo, estremecer las entrañas de la Iglesia; y que sus hijos, dándose cuenta perfecta de su acto respondieran unánimemente con aquel otro clamor: «*oportet Christum regnare*», «*Adveniat Regnum tuum*».

Mas si se cae en la cuenta de que este grito ha tenido su manifestación principal en las Consagraciones al Corazón de Cristo que El mismo reclamara: «no tanto movido por su derecho cuanto por su inmenso amor hacia nosotros» (6) surge ante nuestros ojos una nueva imprevisible verdad en que las esperanzas pontificias se apoyan, a saber: que *el medio sobrenatural providencialmente adecuado para conseguir el Reinado social de Jesucristo no es otro que la devoción a su divino Corazón*.

Esta afirmación puede ocasionar en algunos un movimiento de desengaño; porque incluso los católicos formados suelen desconocer *la virtualidad social* que providencialmente posee la devoción al Sagrado Corazón y más aún la relación de medio a fin que guarda esta devoción con la Realeza de nuestro Salvador.

Y no será porque los Papas no insistan en esta correlación. Todo el principio, por ejemplo, de la Encíclica «*Summi Pontificatus*» establece entre una y otra devoción tal enlace ideológico y de terminología; tal dependencia

histórica, que parece como si ambas devociones se identificaran formalmente (7).

Sólo quien esta correlación comprendiere verá la razón de ser de la audacísima comparación que establece León XIII entre la manifestación en nuestros días del Corazón de Cristo y la visión de la Cruz por Constantino con la leyenda «*In hoc signo vinces*» (8); sólo él comprenderá por qué el Papa actual hizo de esta doctrina «*El Alfa y Omega*» de su pontificado (9) y penetrará todo el valor y fuerza expresiva de las fórmulas (tan desvirtuadas con frecuencia en las traducciones) por las que los Papas se esfuerzan por convencernos de que hablan seriamente *y de que seriamente nos proponen, en la devoción al Corazón de Cristo, un verdadero remedio político y social*.

¿Por qué ocurrirá que acostumbremos a relegar esta devoción al orden de la piedad particular y que nos desconcierte y desilusione que se nos proponga como una solución verdadera y efectiva, cuando nos enfrentamos con problemas tales como los que se plantea en este momento el Congreso de «*Pax Romana*»? ¿Por qué atraen todavía nuestra atención soluciones naturalistas que de antemano sabemos que serán inconsistentes y parciales y no queremos tomar seriamente en consideración la única solución verdadera, la solución sobrenatural y la solución pontificia? ¡Reflexionemos de una vez! Si «*Pax Romana*», si los universitarios católicos quieren hacer labor positiva, si no quieren perderse en lamentables divagaciones teóricas y prácticas, es preciso que las urgencias aparentes, que la ilusión del número y del movimiento a las que normalmente sucumbimos, y que no son más que la ilusión de la materia, no nos aparten de la consideración de estas ideas fundamentales; de otra suerte nuestra obra estará irremisiblemente condenada a la esterilidad.

La misión del universitario católico

Estamos ya en condiciones de determinar en concreto cuál es la misión del universitario católico, cuál es la aportación *específica* que está llamada a hacer para la realización de la fórmula «*Pax Christi in Regno Christi*» que «*Pax Romana*» adoptó atrevidamente por divisa. En efecto: el apostolado *del universitario como tal*; la misión práctica y precisa a la vez que grandiosa y heroica que como universitario católico le compete es intermedia entre la propia de las organizaciones directamente religiosas y de piedad y el de las organizaciones políticas, sociales o, en general, directamente volcadas a la acción. Esta misión no es otra que *el estudio, la proposición y la defensa de las ideas salvadoras* que han de recibir de la oración su fecundidad y de su posterior aplicación prudencial su definitiva eficacia.

En una época como la nuestra que se va dejando penetrar, como nos advierte Pío XII (10), ya por un falso

jes, el de la pág. 383, de la Ed. de la A. C. E.: «De la difusión y el arraigo del culto del Divino Corazón del Redentor que encontró su espléndida corona, no sólo en la consagración del género humano al declinar el pasado siglo, sino aún en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por nuestro inmediato predecesor...»

(8) León XIII, Encl. «*Annum Sacrum*». «*Cristiandad*», núm. 6, pág. 124, artículo: «*La Revelación del Sagrado Corazón de Jesús, de Domingo Sanmartí Font*; núm. 11, pág. 247, artículo «*Primacía del espíritu sobrenatural en las Encíclicas de León XIII*», del Rdo. Isidro Gomá, Fbro., Catedrático del Seminario Conciliar de Barcelona.

(9) Pío XII, Encl. «*Summi Pontificatus*», Ed. A. C. E., pág. 382.

(10) Pío XII, Encl. «*Corporis Mystici*»

(3) Pío XI, Encl. «*Miserentissimus Redemptor*».

(4) Ramón Orlandis, S. J., «*Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey*».

(5) Pío XI, Encl. «*Miserentissimus*».

(6) Pío XI, Encl. «*Miserentissimus*».

(7) Pío XII, Encl. «*Summi Pontificatus*». Vid., entre otros pasa-

misticismo, ya por la que él mismo ha denominado «heredera de la acción», importa sobremanera que no falseemos nuestra vocación. Debemos convencernos de la *importancia excepcional de los principios teóricos*, de las grandes verdades naturales y sobrenaturales para evitar que nuestra fe se disuelva en sentimiento y nuestra acción en reacciones impulsivas.

Hacen falta a la Iglesia hombres de convicciones; mas, ¿cómo formarlos, sino por el estudio y la meditación?

Convenzámonos de esto: de que si el Papa ha podido decir a los universitarios católicos que su hora está sonando en estos momentos (11), es porque el mundo está preparado para recibir el mensaje religioso-social-político de la Iglesia y *porque nuestra misión específica es precisamente transmitirle este mensaje*.

El cuerpo de doctrina pontificia presidido por la idea de la Realeza de Cristo

Este mensaje, contenido en las Encíclicas, forma un cuerpo de doctrina admirablemente completo y unificado. En él se consideran todos los problemas públicos y privados que la sociedad actual tiene planteados: el problema del matrimonio y de la familia, el problema de la enseñanza, el problema social, el problema internacional, el problema fundamental de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, etc., no con mirada general y superficial, sino que cada uno de estos temas es estudiado de propio, estableciendo claramente los fundamentos de derecho natural y divino en que una solución correcta de los mismos debe necesariamente apoyarse.

Todas estas soluciones forman verdaderamente un todo, un sistema perfectamente trabado; no podía faltar, en efecto, al pensamiento pontificio la nota de unidad que exige toda auténtica construcción intelectual. Pero si ello es así, es evidente que no basta a nuestro objeto una consideración aislada de las mismas, porque esta fragmentación trastornaría su valor respectivo y debilitaría su fuerza.

Una perfecta comprensión del pensamiento pontificio encerrado en las Encíclicas exige, pues, considerarlas a la luz del principio de que su unidad deriva. Mas, ¿cuál es este principio? Hémoslo indicado suficientemente: es la idea verdaderamente arquitectónica y presidencial de la Realeza de Cristo.

Tan sólo procediendo de esta manera, a saber: estudiando esta idea en sí misma y luego en los reflejos que irradia sobre todos los demás principios menos universales, dejará de ser ella una fórmula abstracta, vacía de virtualidades prácticas para ser la *fórmula salvadora* que

los Papas nos proponen; mientras que los demás principios particulares adquirirán por su parte el *pleno sentido* que tan sólo en la Realeza de Cristo encuentran.

Conclusiones

Resumamos brevemente, en unas pocas conclusiones, lo anteriormente sentado.

1.º La aportación específica del universitario católico a la obra común de la paz debe desarrollarse *en el orden intelectual*. Esta contribución no teórica, ni al margen de las preocupaciones del siglo, sino eminentemente práctica y social, ha de consistir en el estudio, difusión y defensa de la doctrina pontificia contenida principalmente en las Encíclicas; y ello, no tanto en su aspecto teológico, que escapa a nuestra competencia, sino *en tanto que propuesta como único remedio eficaz y definitivo* de los males de nuestra sociedad.

2.º Estando constituida esta doctrina por una serie de principios solidarios, ordenados en un sistema coherente y orgánico, es misión del universitario católico *hacer notar esta mutua dependencia y jerarquía según el propio pensamiento pontificio*; evitando que la consideración aislada de principios particulares o de documentos ocasionales pueda llevar a confusión sobre la naturaleza del remedio propuesto por los Pontífices o restarle parte de su virtualidad.

3.º La idea que preside y unifica este cuerpo de doctrina, según los Pontífices insistentemente subrayan, es la *idea del Reinado social de Jesucristo* bajo cuyas banderas llama el Papa a *todos los hombres de buena voluntad*.

4.º Los Papas confían como *medio principal y sobrenaturalmente adecuado* para conseguir la implantación de este Reino en el Mundo en la *devoción al Sagrado Corazón de Jesús*. La relación entre ambas ideas está expuesta principalmente en las cinco capitales Encíclicas: «*Annum Sacrum*», de León XIII, «*Ubi Arcano*», «*Quas primas*» y «*Miserentissimus Redemptor*», de Pío XI, y «*Summi Pontificatus*», de Pío XII; la misión del universitario católico que busca ofrecer a nuestros contemporáneos la auténtica síntesis doctrinal cuya necesidad cada día es más real y sentida; que busca o procura una síntesis lógicamente trabada, pero al mismo tiempo cálida, capaz de provocar el entusiasmo del corazón lo mismo que el aplauso de la inteligencia, ¿no podemos cifrarla ante todo en el estudio del ideal pontificio a la luz de estos cinco fundamentales documentos?

JAIME BOFILL

Barcelona, junio de 1946

(11) Alocución a los jóvenes de la Acción Católica italiana. Vid., «Cristiandad», núm. 54, «Editorial».

Meditación Navideña

«...y Jacob engendró a JOSE, esposo de MARIA, de la cual nació JESUS, que es llamado CRISTO»

«Sacramentum Regis, abscondere bonum est» (Tob., 12.7)

Todos sus sentimientos más delicados debieron de impeler a María a callar el Misterio que se había obrado en Ella. Su modestia, su humildad, la fidelidad y reserva debidas al Señor, cuyo era el secreto del que se le había hecho partícipe.

No habría podido su palabra consolar honda y eficazmente a José en esta circunstancia. El consuelo de José no podía ser efecto de palabra humana alguna, ni que fuese la de María, su Esposa. Por esto deja Ella, en la oración y el silencio, toda la iniciativa al Señor y espera pronta a cuanto se sirva disponer de su Esclava y Madre.

Renunciando a consolar a José, renuncia María a su propio consuelo. Como siempre, también en esta circunstancia se abnega heroicamnte María. El Señor había puesto aquel Hombre a su lado para que fuese su consuelo humano —«*suave Matris solatium*»—; en el corazón de José había de encontrar María, por designio divino claramente conocido, el viril apoyo que necesitaba como mujer. Mas he aquí que en este instante se le pide la más dura de las renunciaciones que podían pedírsele como Esposa y acepta. Grande habría de ser el bien adquirido a ese precio: aquella paz del alma, imperturbable, que sólo puede dar el Consolador divino, en Quien va a quedar nueva y definitivamente anudado su vínculo conyugal.

El Señor mismo rompe por fin el silencio e ilustra a José. Mandándole el Angel como mensajero —es de pensar que fuese el propio Gabriel, nuncio habitual del Señor en lo referente al Ministerio de la Encarnación—, el Divino Espíritu ahorra a María el tener que proceder Ella misma a su propia justificación. «*Et exaltavit humiles*». En un divino rapto, conoce José en aquel instante a qué alturas ha sido encumbrada María, su Esposa, y se anota en su corazón al verse llamado a participar de tanta dignidad.

¡Paga sublime a un sublime silencio! También José había respetado heroicamente «el secreto del Rey». Por esto pudo ser en adelante depositario único de este secreto «*et solum in terris...*» y colaborar a lo largo de treinta años al Misterio de la Ocultación del Verbo hecho carne.

«Y José su esposo, siendo justo, resolvió abandonarla en secreto» (Mat., 1.19)

Del drama interior que se había desencadenado en el pecho de José a la evidencia del estado de María, ¿quién podría hacerse remota idea siquiera? José se encuentra

ante un misterio oculto y se da clara cuenta de ello. Ni sombra de sospecha podía pasar por su mente que ofendiese el honor de su Mujer: había podido experimentar en sí mismo y a su alrededor su maravillosa virtud para excitar a castidad y borrar toda concupiscencia en quienes tenían con Ella trato¹. Por sí y por María, apura José en estos días de prueba el cáliz de la humillación. Cree que Dios pide de él la renuncia a su compañía; piensa que habrá cambiado sus planes, o que no es digno de ellos. Con la resolución de abandonarla, toda su vida queda quebrada y deshecha, en perfecto holocausto al Señor.

Pensemos, en efecto, lo que era María para José.

José no podía ni remotamente adivinar la alteza del Misterio que había tenido en Ella cumplimiento ni, en consecuencia, medir toda la infinita dignidad de María; pero conoce su extraordinaria santidad. Había descubierto —por el influjo y resonancia que los sentimientos de María despertaban en su propio pecho, antes ya que por confidencia expresa alguna— el Ideal de María de entrega absoluta al Señor para la obra de la Redención de su Pueblo; y al ofrecerse, por instinto y clara vocación divinos, a sostener a María en su camino, puso en su servicio todo el entusiasmo, toda la ternura de que amor humano haya sido nunca capaz. Su ósculo había sido sellado por el Espíritu Santo, en Quien y por Quien se amaban en un perfecto ofrecimiento de sí mismos para el divino servicio; pues José —«*servus fidelis*»— había comprendido que servir a Dios es reinar.

Bajo la moción de este Espíritu en Quien estaban unidos y que habían de comunicarse mutuamente de continuo como canales e instrumentos perfectos de su Gracia, la vida de ambos había de transcurrir en una ocupación incesante de sus mentes y de sus corazones en la venida del Mesías Redentor; y ello —¡oh maravilla!— entre la vulgaridad externa de una vida de artesano. El amor entre José y María encontraba pábulo continuado en esta meditación asidua del ideal común. Comentaban juntos las profecías; veían a su alrededor la oscuridad y la niebla que predijo David y se unirían en su corazón con las ocultas almas espirituales que mantenían encendida, como ellos, la llama del deseo y de la esperanza. «*Vir desideriorum*», varón de deseos, podría ciertamente llamársele, como en otro tiempo a Daniel; y nadie estaría sin duda penetrado como José por el íntimo estremecimiento que, al parecer, recorría en aquellos días a los de su Pueblo al leer la Profecía de las setenta semanas.

La intimidad de este trato no era obstáculo sino, al contrario, fomento de su recogimiento interior; ni lo eran ambas cosas a que estuviesen cariñosas, solícitamente abiertas a toda necesidad que observasen a su alrededor. Así, de la misma manera como aunó María en una superior perfección las virtudes de Marta y María, pudo ser su Esposo modelo de vida activa —en la práctica de la renuncia propia y de la caridad para con el prójimo— al tiempo de estar avisado en las alturas de una perfectísima contemplación. Como María, pone toda su reflexión —«*conferens in corde suo*»— para la comprensión de los Misterios y de la Voluntad del Señor; y junto con ello, cual nuevo Eliezer, toda la recta previsión, toda la clarividencia lúcida, toda la energía de voluntad que requiere la prudencia perfecta por la cual —«*servus prudens*»— le alaba la Iglesia.

Y he aquí que Dios mismo parecerá romper este lazo sublime que El había anudado. Otrora, había invitado a Abraham a sacrificar en Isaac al heredero de las promesas —«*unigenitum qui suscepit repromisiones*»— y a renunciar a una esperanza divinamente suscitada. Mortalmente pálido, cumple Abraham el gesto de anonadamiento propio que le exige el Señor. Mas Dios, que trabaja en la nada, va a establecer sobre esta negación de su siervo el fundamento indestructible de su Alianza con un Pueblo que sigue siendo todavía hoy, en su rebeldía, orgullo y bajeza, «*carissimus propter Patres*», queridísimo en razón de sus Padres.

En el anonadamiento de José se fundará un Misterio más alto. El será elevado, por un nuevo modo, a la dignidad de Padre de todos los creyentes —«*Pater omnium credentium*»—, pues le destina el Señor a ser Protector y Padre de su Iglesia después de haber merecido ser saludado con estos nombres por su divina Cabeza, Cristo Jesús. El oficio de José «no pertenece al Antiguo ni al Nuevo Testamento, sino al Autor de uno y otro, a la Piedra angular que unió ambos Testamentos».

«Su ministerio figura entre aquellos rayanos al orden de la Unión hipostática, bien que ocupando entre ellos el último lugar².

«Y era tenido por hijo de José» Luc., 33

José acepta con toda seriedad y convicción la responsabilidad que se le confiere. Su vida, como Jefe natural de la Sagrada Familia, no es una ficción, sino una realidad. El resuelve, decide, dispone —ni que sea pidiendo el parecer y el consejo de María— como un verdadero Marido y Padre, en las más graves circunstancias. María y Jesús le obedecen —«*et erat subditus illis*»—; el Padre celestial le trata con aquel honor y delicadeza —«*magna reverentia*»— que guarda hacia sus criaturas libres y a él se dirigirá, en adelante, para manifestar sus designios en cuanto a su Familia se refiere.

José se mantiene a la altura de una dignidad de la que tiene plena conciencia: «*agnosce... dignitatem tuam*». Testigo único y excepcional de la Encarnación y Nacimiento virginales de Cristo, al recibirle por primera vez en sus brazos y adorarle en ellos como su Dios y Redentor no cantará —como poco después Simeón— un «*nunc dimittis*»: sabe, al contrario, que una parte esencial y tal vez la más difícil de su vocación está por empezar. El se mueve con sobrenatural naturalidad en un escenario —«*specta-*

culum facti sumus...»— en el que concentra de continuo la atención de los Angeles; y les agradece que compensen con su adoración el desprecio de unos hombres que, al desconocer a Cristo en el preciso momento de su venida —«*venit, et sui Eum non receperunt...*»— hacen vana su propia secular esperanza.

El homenaje de los pastores le entenece; el de los Magos no le turba. Los primeros, admirarían en José su sencillez y afabilidad; los segundos, acostumbrados al trato de los grandes de la tierra, la soberana distinción de aquel hombre de real estirpe que no se degradó en su pobreza libremente aceptada. Y ven, en la penumbra de la estancia, resplandecer su rostro con la semejanza anticipada de Aquel que iba a ser, andando el tiempo, el más bello de los hijos de los hombres; de este Jesús, recién nacido ahora, cuyo Padre había de reputársele todavía en la plena belleza y madurez de los treinta años.

En el entretanto, deberá procurar José el sustento de la carne inmaculada del divino Cordero —«*suae carnis nutritium*»— junto con el de su Madre, para preparación de una hostia pura, digna de ser ofrecida al Señor. Deberá José proveer a todas sus necesidades; protegerles en todos sus peligros; colaborar con María —¡oh maravilla!— a la humana educación del Niño.

En el cumplimiento de su oficio, cada día traería consigo para José hondos sentimientos encontrados; mas ello no turba su paz, antes bien, da ocasión para nuevos avances en la profundidad de alma, que de sentimientos contrapuestos se nutre. Así fueron discurriendo los misterios de dolor y de gozo que el pueblo cristiano venera en su devoción a San José y que adornan la infancia de Jesús.

«Como si presente me hallase...»

La fe cristiana se nutre de contemplación. De una contemplación sencilla, que se detiene donde sea que encuentre ternura, gozo, suavidad espiritual. Por esto, las escenas del Nacimiento de Jesús han nutrido secularmente esta contemplación. Y ¿cómo contemplar el nacimiento sin detenerse en la conversación y compañía de José?

Así, con un gran maestro de la vida espiritual, veamos «con la vista imaginativa el lugar o espelunca del Nacimiento; cuán grande, cuán pequeño, cuán bajo, cuán alto, como estaba aparejado... Ver las personas, es a saber, ver a Nuestra Señora y a Joseph y al niño Jesús después de ser nacido; mirar, advertir y contemplar... y considerar... lo que hablan... y lo que hacen... haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos, contemplándolos y sirviéndoles en sus necesidades, como si presente me hallase...»

Comprenderemos un poco, entonces, la salutación que hace la Iglesia a San José en la Antífona que hemos transcrito, con palabras que toma de San Bernardo:

«Siervo fiel y prudente, a quien constituyó el Señor como alivio de su Madre, nutricio de su propia carne, único fidelísimo cooperador en sus grandes planes sobre la tierra...» de modo, sigue el Santo, «que se puede acomodar a él lo que de otro José está escrito: hízole señor de su casa y príncipe de todos sus dominios...»

Jaime BOFILL BOFILL

(1) Así sienten Sto. Tomás, San Buenaventura, entre otros. Chr. Suárez, «Misterios de la vida de Cristo», Ed. B.A.C., vol. I, pág. 40, quien se adhiere a este parecer.

(2) Suárez, Coc. cit., p. 21.

LA NUEVA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMAS DE AQUINO «IN URBE»

En la pasada festividad de Santo Tomás de Aquino, un «*motu proprio*» de Su Santidad Juan XXIII ha conferido al hasta ahora «Pontificio Ateneo Angélico» el nuevo y honroso título de «Universidad Pontificia de Santo Tomás», en Roma. La visita personal del Sumo Pontífice a la nueva Universidad ha subrayado con un gesto de especial delicadeza el significado del nuevo título; en su conversación ha glosado, mezclándolo con recuerdos personales, el valor de la doctrina del Doctor Angélico, que ha resumido en una fórmula pregnante: *Sapientia Cordis*.

SAPIENTIA CORDIS

Contrariamente a otras formulaciones que imponen, en realidad, a la doctrina del Angélico moldes limitativos, la expresión de Su Santidad: *Sapientia Cordis* sintetiza la verdadera «esencia» del tomismo. De este tomismo que será siempre incomprendido mientras no se vea en él el sistema teológico-filosófico por el que la realidad católica ha logrado mejor comprenderse y expresarse intelectualmente a sí misma.

Ciertamente, un *sistema* de pensamiento *no es* la realidad misma. Pero la realidad ha de estar en él como el principio de que parte y el fin al que revierte, sosteniéndolo en todo su proceso. Ahora bien: la realidad a que el pensamiento revierte, como a su fin, es, sí, *término objetivo* del pensar; pero también su *principio subjetivo*, a saber, el hombre, el sujeto que piensa; que busca, en la verdad, *alimento* para su vida interior.

Por eso la verdad es dada al hombre, no sólo como visión, sino también como confianza; no sólo como certidumbre, sino también como dulzura; no sólo como representación objetiva, sino como *spirans amorem*. Todo ello viene sugerido por la expresión: *sapientia cordis*.

Precisamente *en tanto que sistema de pensamiento* no puede desligarse el tomismo de sus *fuentes* reales: del movimiento de la Creación y de la Gracia que está ordenado a prolongar, por modo de reflexión intelectual, en formulaciones objetivas.

No puede desvincularse de la *vida* interior de la que brota y a cuya nutrición y robustecimiento está ordenado, después de haber conquistado para ella un horizonte de necesidad y de universalidad.

Por esto, el tomismo no puede ser *mera* filosofía ni tan siquiera *mera* teología, antes bien, debe vehicular el proceso ontológico y *teologal* que conduce al hombre a su santidad y a su bienaventuranza.

Transcribimos a continuación el «*Motu Proprio*» de Su Santidad Juan XXIII, en el que se reproducen los puntos esenciales, al respecto, del pensamiento de León XIII y de San Pío X.

J. BOFILL

Publicado en CRISTIANDAD, núm. 385, marzo de 1963, como nota introductoria al «*Motu proprio*» de Juan XXIII confiriendo el título de Universidad Pontificia de Santo Tomás al Ateneo Angélico de Roma.

¿TRIUNFALISMO?

«Latet anguis in herba».
Serpiente está escondida en la yerba.
(Virgilio.)

Hay palabras que tienen fortuna, y se ponen de moda. Tal es la palabra «triunfalismo».

Triunfar es quedar victorioso; triunfo es el acto solemne de la manifestación pública de una victoria; o el éxito feliz en un empeño dificultoso; y así, entrar en triunfo es ser recibido el vencedor entre aclamaciones y demostraciones públicas de gozo y de entusiasmo. Pero la palabra «triunfalismo» no está en el Diccionario de la Lengua Castellana; es palabra exótica, importada del extranjero, sin que haya obtenido carta de ciudadanía en nuestro idioma.

Y es palabra algo ambigua, no poco oscura. Cuando alguien la pronuncia, hay que ver, y casi adivinar, por el contexto, por el tono y demás circunstancias, si se trata de una cosa digna de aprobación, de una cosa deseable; o, por el contrario, de una cosa que no se ha de admitir, sino que se ha de rechazar. En este sentido la dicen, sin duda, los que refiriéndose a Jesucristo y a su Iglesia, dicen con aire y tono progresista, y mostrando manifiestamente su adverso sentir: «nada de triunfalismo», «cap triomfalisme», como lo oímos en una homilía, y nada menos que en la fiesta de Cristo-Rey. (!!!).

Pero aresurémonos a afirmar paladinamente que ese sentido peyorativo, con que se pronuncia la tal palabra, es un sentido desviado, por no decir, más propiamente, falso. Por lo menos siempre es una idea y una expresión muy proclia para engendrar confusionismos.

Hay, en verdad, serio peligro de que este concepto, tal como lo entienden y lo expresan los contrarios a todo triunfalismo de Cristo y de la Iglesia, entrañe, y por lo mismo difunda, un criterio contrario y del todo adverso al Reinado Social de Jesucristo, a su Soberanía social, al verdadero triunfo de El y de su Iglesia en la sociedad humana, ya familiar, ya civil, ya de cualquiera otra forma, durante la peregrinación de los hombres en la tierra. Un triunfo mal entendido, como lo entienden los que así hablan, un triunfalismo rechazado como cosa que no debe ser, que no se debe admitir, una cosa que no está en los planes de Dios, y que Dios mismo no la quiere, podría resucitar los errores que tanto comenzaron a cundir en el siglo pasado sobre relegar la vida de la Iglesia y las manifestaciones de la vida cristiana a sólo el recinto del templo, a las sacristías, como se decía con aire burlón, o, a lo más, a la intimidad del hogar. Ahora hemos *progresado* (?) todavía más; ahora hay quienes defienden y promueven un irenismo absurdo, una coexistencia tan pacífica con todos, que puedan los errores manifestarse y cundir por todas partes, y pueda la maldad ostentarse triunfante (aquí sí el «triunfalismo» admitido o respetado), sin que se deje sentir la autoridad de la Iglesia, ni el influjo salvador de Cristo, único Maestro y Rey divino, que vino a enseñarnos la verdad y a conducirnos por los caminos del bien y de la virtud, diciéndonos que la verdad nos hará libres.

Se impone, pues, la necesidad de aclarar conceptos, de deshacer equívocos. Lo procuraremos con las siguientes indicaciones.

LA CUESTION DE CRISTO Y SU IGLESIA

Nos referimos, claro está, a la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia en la tierra, conforme al plan de Dios; y para exponer con acierto esta cuestión, probaremos dos cosas: la realidad innegable de que Cristo y la

Iglesia han sido, son, y han de ser vencedores triunfalmente, aun en la tierra; y la naturaleza, o carácter, o sentido de esta victoria triunfal.

I. REALIDAD INNEGABLE DE UNA VICTORIA TRIUNFAL DE CRISTO Y DE SU IGLESIA

Ya al principio, tan pronto como se abatió sobre la tierra la oscura cerrazón de la noche del pecado, en el mismo paraíso terrenal, cuando la bondad misericordiosa de Dios anunció a nuestros primeros padres la futura liberación y redención, lo hizo haciendo brillar a sus ojos, en lontananza, una perpetua lucha y una plenísima victoria; la del Mesías en brazos de una Virgen Madre; el triunfo de la descendencia de la mujer, en unión de la Mujer por excelencia, Cristo con María, sobre todo el

poder y todas las insidias de la serpiente infernal. Con razón se han llamado esas inefables palabras divinas de consoladora esperanza, el Protoevangelio.

Después, a lo largo de los siglos, por todo el Antiguo Testamento, sigue Dios manteniendo la gran esperanza de la victoria y del triunfo del Mesías y de su obra; y lo va esclareciendo y delineándolo todo más y más, por boca de los Profetas y en los Salmos.

a) Los oráculos de Isaías son sobre manera espléndidos y convincentes. Nos presenta al Mesías como «Brazo de Dios», es decir: fortaleza de Dios y victoria contra sus enemigos. Oigamos unos breves pasajes, entre mil: «En aquel día extenderá el Señor su mano...; y levantará bandera, su bandera entre las naciones, y allegará los fugitivos de Israel, y los esparcidos de Judá de entre las cuatro partes del Mundo. Y los enemigos de Judá perecerán, y volará contra los filisteos por la mar; cautivará a los hijos de Oriente; Edom le servirá, y Moab le será sujeto, y los hijos de Amón sus obedientes» (Is., 11). Y en el c. 41: «Pondrá ante sí en huida las gentes, perseguirá los reyes. Como polvo los hará su espada, como astilla arrojada su arco. Los perseguirá, y pasará en paz». Y en el c. 42: «El Señor como valiente saldrá; y como luchador desperterá su valentía; guerreará y se esforzará sobre sus enemigos».

Lo mismo, aunque en diferentes formas, dice el gran Profeta en otros capítulos, que, referirlos, sería cosa de nunca acabar. Lo propio anuncian Joel, Amós y Miqueas; y de un modo singular Ezequiel, en aquella sublime visión, con que comienzan sus oráculos, y en la que nos presenta con vivos colores, con fulgor maravilloso, al futuro Mesías venciendo a un terrible enemigo, obteniendo sobre él un gloriosísimo triunfo, y sentado sobre un trono de gloria, premio de su esclarecida victoria. (Ez., 49, 10).

Y ¿qué Profeta hay que no celebre cantando en diversos luminosos pasajes las hazañas de este valeroso Rey, y su esclarecidísima victoria?

b) No menos la anuncian y la ensalzan los Salmos. Hablando propiamente David con Cristo, le dice: «Cifre tu espada, poderosísimo, con tu hermosura y tu gentileza; sube en el caballo, y reina poderosamente, por tu verdad, por tu mansedumbre y tu justicia. Tu diestra te mostrará maravillas. Tus saetas agudas traspasarán los corazones de los enemigos del Rey; los pueblos caerán a tus pies» (Ps. 44); y en el Salmo 96: «El Señor reina; haga fiesta la tierra, alégrense las islas todas; nube y niebla en su derredor; justicia y juicio en el trono de su triunfo». Y ¡de qué manera tan clara y terminante se predice y se celebra lo mismo en otros Salmos Mesíánicos, como el 2.º, el 109, el 71! No hay espacio para alegarlos y llenarnos de su esplendorosa luz.

Vengamos, pues, al Nuevo Testamento. Vino al mundo el Hijo de Dios, hecho Hombre, para fundar el Reino de Dios en la tierra; reino contra el de Satanás; y reino vencedor del de Satanás. Lo dijo el mismo Jesús, al anunciar la fundación de su Iglesia, que es el Reino de Dios en la tierra: «y todos los poderes del infierno no prevalecerán contra ella»; es decir, lucharán contra la Iglesia, mas no la abatirán, sino que serán vencidos por ella.

El mismo Jesús, aunque manso y humilde, aunque hecho Cordero de Dios que cargó sobre Sí los pecados del mundo, y se ofreció como Víctima para librarnos de ellos, ¿no nos declaró maravillosamente en su gloriosa Resurrección cuán grande y definitivo había sido su victorioso triunfo sobre el Príncipe de este mundo, Satanás, y sobre el pecado, la muerte y el infierno? Poco antes de morir, dijo a sus Apóstoles: «Tened confianza; yo he vencido al mundo» (J., 16, 33). Aun refiriéndose a su misma muerte de Cruz, había dicho proféticamente: «Ahora es el juicio

echado fuera. Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, a todos atraeré hacia mí. Esto decía significando con cuál muerte había de morir» (Io., 12, 31-33).

No nos resistimos al deseo de presentar, como magnífico comentario a estas palabras de Cristo, un elocuente y brillante pasaje de San León Magno, que dice así: «Que nuestro entendimiento, al que ilumina el espíritu de la verdad, reciba con puro y libre corazón la gloria de la Cruz, que refulge en el cielo y en la tierra; y vea con su interior mirada qué significa lo que el Señor, al hablar de la inminencia de su pasión, dijo: ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, atraré hacia Mí mismo todas las cosas.

«¡Oh admirable poder el de la Cruz; oh inefable gloria la de la Pasión, en la que está el tribunal del Señor, el juicio del mundo y la potestad del Crucificado! Porque atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti; y habiendo extendido todo el día tus manos hacia el pueblo que no creía y te contradecía, todo el mundo recibió el sentido de confesar tu Majestad. Atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti, cuando en execración del crimen judaico, dieron todos los elementos su sentencia, ya que, oscurecidos los lumineros del cielo, y convertido el día en la noche, la tierra misma fue sacudida con inusitados movimientos, y todas las criaturas se negaron al uso de los impíos. Atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti, porque, rasgado el velo del Templo, el lugar santísimo se apartó de los indignos pontífices; para que la figura se cambiase en verdad, la profecía en manifestación, y la ley mosaica en el Evangelio. Atrajiste, Señor, todas las cosas a Ti, a fin de que lo que en un solo templo de Judea se ocultaba en umbrátiles señales, lo celebrase con pleno y abierto sacramento, y en todas partes, la devoción de todas las naciones. Porque ahora es más esclarecido el orden de los sagrados ministros, más amplia la dignidad de los presbíteros, más sacrosanta la unción de los sacerdotes; es que tu Cruz es la fuente de todas las bendiciones, es la causa de todas las gracias; por la cual se da a los creyentes la fortaleza en vez de la debilidad, la gloria en vez del oprobio, la vida en vez de la muerte. Ahora también, habiendo cesado la variedad de los sacrificios carnales, la sola oblación de tu Cuerpo y Sangre, completa las diferencias de las antiguas víctimas; porque Tú eres el verdadero Cordero de Dios, que cargando sobre Ti los pecados del mundo, nos libras de ellos; y así cumples perfectamente en Ti todos los misterios, para que como hay un solo sacrificio que vale por todas las víctimas, así haya un solo reino, formado de todas las gentes» (Serm. 8 de Pas. Dom.).

El mismo Padre Celestial, que en sus inescrutables designios quiso que nuestra plenísima y perfecta redención fuese por la humilde obediencia de su Divino Hijo, hecho hombre, y por su sacrificio, lleno de extremas ignominias y dolores, cuidó solícitamente de juntar con todo ello las manifestaciones más claras de lo que se agradaba en su amadísimo Hijo, y de la gloriosa victoria que en su mismo abatimiento reportaba. Así lo hizo desde el Nacimiento de Jesús, y varias veces en el decurso de su vida, la cual terminó, en la tierra, con una Resurrección que con toda propiedad llamamos triunfante, y con una Ascensión a los cielos, que en verdad fue triunfal. Y desde este mundo; ahora el príncipe de este mundo será

pués, en todos los siglos, lo ha seguido haciendo con la Iglesia de Cristo.

Pero, por el modo de hablar de los nuevos ingenuos fautores del antitriunfalismo, no parece sino que ellos tal vez hubiesen aconsejado al Padre Celestial que cuando Jesús nació en el portal o cueva de Belén, lo hubiese dejado escondidito sobre las pobres pajas del pesebre, y no hubiese enviado aquella luz celeste que inundó de claridad divina el valle de Belén, y circundó a los pastores, ni al Ángel anunciador de la buena nueva, ni al ejército de las milicias angélicas que cantaron el *Gloria in excelsis*...; ni hubiese hecho aparecer una estrella radiante en el Oriente, ni encaminado a los Magos hacia el recién nacido Rey, para que le ofrendasen oro como a Rey, incienso como a Dios, y mirra como a Redentor por su muerte. Quizá también hubiesen desaconsejado al Padre Celestial lo que hizo en el Bautismo de Jesús; y al mismo Jesús

su gloriosa Transfiguración en el Tabor, y su triunfal entrada en Jerusalén el domingo de Ramos, y su presencia victoriosa en la Iglesia a lo largo de casi veinte siglos. Bien se ve que no piensan como ellos el Padre Celestial y el Divino Salvador. Tampoco piensan como ellos los Sumos Pontífices de nuestra época, en consonancia con les de otros tiempos.

Si alguien quiere ver toda esta cuestión con ánimo sincero y sin prejuicios meramente subjetivos y de moda actual, puede leer en la inmortal obra de Fr. Luis de León, «Los Nombres de Cristo», la maravillosa exposición del nombre «Brazo de Dios»; y también las dos obras magníficas del P. Enrique Ramière, «La Soberanía social de Jesucristo», y «Las esperanzas de la Iglesia»; como asimismo, entre otras excelentes obras, los dos tomos, densísimos de doctrina y de datos históricos, del P. Juan Mir y Noguera, «El triunfo social de la Iglesia Católica».

II. NATURALEZA DE ESTA VICTORIA TRIUNFAL DE CRISTO Y SU IGLESIA

Asentada ya, aunque con un esbozo tan breve e incompleto, la verdad de lo que es innegable verdad, es a saber: la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia, como plan pretendido providencialmente por Dios, y que se va realizando lentamente, como todo lo que es vital, en la sucesión de los siglos; se impone determinar con toda precisión y claridad la naturaleza, o carácter, o sentido de esa tal victoria y de ese triunfo. Y esto es lo que vamos a intentar hacer, reduciéndolo todo a estas tres afirmaciones: 1.ª, la victoria triunfal de Cristo y de su Iglesia no es ni puede ser de carácter material, terreno, mundano, con dominación política y fausto humano; 2.ª, es y debe ser enteramente espiritual, en orden a que los hombres consigan su último fin sobrenatural en el Reino de Dios, consumado en los cielos; 3.ª, pero siendo espiritual, en el reino de las almas, ha de ser visible, se ha de manifestar en lo exterior, por la irradiación luminosa y vivificante de la verdad de Cristo y de la gracia de Cristo, por sus efectos sensibles y palpables, como por fermento que ha transformado la masa; que tal es una de las más significativas parábolas del Divino Maestro, cuando quiso explicarnos lo que es su Reino espiritual en la Ciudad terrena.

a) Cuanto a la primero y lo segundo, pues ambas cosas se han de exponer juntas, por el contraste entre ambas, hemos de rechazar todos de plano la falsa interpretación de muchos israelitas a la predicciones del Antiguo Testamento, y de la que participaron algunos discípulos del Señor, antes que fuesen llenos del Espíritu Santo en Pentecostés. También hemos de estar muy lejos de pensar en cualquier triunfo temporal, al estilo de las naciones de la tierra con poderío de riquezas, de fuerza, de ostentación mundana. Bien claro lo dijo todo el mismo Jesucristo al presidente Poncio Pilato, al confesar paladinamente que era en verdad Rey, pero añadiendo: «mi Reino no es de este mundo» (Io., 18, 30). Es como si dijese: ya que mi Reino no tiene raíces en la tierra, tampoco da sus frutos en el orden material, ni los da exclusivamente en un lugar, con preterición de los otros; los he venido a esparcir generosamente en todas partes. Como

mi Reino no es de este mundo, nada necesito de lo que el mundo estima y busca ansiosamente; para reinar no necesito de riquezas, ni de honores, ni de poderes, ni de sabios y artistas, ni de reyes o emperadores. Para mí todos los hombres de toda raza y condición están en un plano de igualdad. No, no; de ninguna manera; mi Reino no es de este mundo; es espiritual, sobrenatural; es inmortal, eterno. Por eso, al reafirmarse Cristo en su posición, y decir a Pilato: «Sí, yo soy Rey» (Io., 18, 37), le asevera que su reino es reino de la verdad. Todos los afanes de Cristo fueron y siguen siendo dar a conocer y hacer amar a los hombres la verdad. Su triunfo es que los hombres la acepten y vivan conforme a ella; como la victoria de los hombres será siempre su fe en Cristo, según después lo dijo San Juan: «y ésta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe» (1 Io., 5, 4).

Clara y compendiosamente expresó San Agustín ambas cosas, es decir lo que no es y lo que es el reino y el triunfo de Cristo, diciendo: «No es Rey Cristo para exigir tributos, o armar ejércitos con hierro, a abatir visiblemente a enemigos; sino que es Rey para regir las almas, para mirar por sus bienes eternos, para llevar hasta el Reino de los cielos a los que creen, a los que esperan, a los que aman» (Tr. 51 in Io., 12-13).

Por consiguiente, cuantos más sean los hombres que vivan en la fe, en el amor, en la gracia de Cristo, perteneciendo a su Reino, que es su iglesia, tanto mayor será el triunfo de Cristo y el de la Iglesia, continuadora de la obra de El. Y así, si en vez de ser los millones que ahora son los verdaderos discípulos y seguidores de Cristo, fuesen muchísimos más, si llegasen a ser todos los hombres los que en la verdadera Iglesia de Cristo viviesen encaminados rectamente hacia su último fin sobrenatural, y lo consiguiesen, sería plenísimo el triunfo de Cristo y de su Iglesia. Y ¿no hemos de desear este triunfo, no hemos de aspirar a él y suspirar por él; no hemos de cooperar a que se dilate y se consolide por toda la tierra?

b) Pero, en tercer lugar, hemos añadido, y hemos de defender briosamente que la victoria triunfal de Cristo

y de su Iglesia, con ser de carácter, no terreno y mundano, sino espiritual y sobrenatural, se ha de manifestar en lo exterior, se ha de descubrir y revelar claramente por sus efectos, como la vida pujante de un árbol se muestra por su vigoroso crecimiento, por sus hojas, flores y frutos; y la vida sensitiva y racional se dan a conocer por sus actos, en bien del individuo y de la especie.

Por lo mismo hemos de aspirar a que vayan desapareciendo la ignorancia y los errores en lo que más afecta a la vida temporal y eterna de los hombres; y que en vez de esa ignorancia y esos errores, que tan insidiosamente esparce y fomenta el príncipe de este mundo, se vaya aceptando la verdad de Cristo, toda su verdad, que es la del Evangelio. Y también que en lugar de reinar el pecado y el vicio, reine la virtud cristiana, la que enseñó con su palabra y con su ejemplo el Divino Maestro, modelo juntamente de vida recta y santa. Si así sucede, y en la medida que así vaya sucediendo, más claramente se revelará en la vida individual, familiar y social que las ha penetrado el espíritu de Cristo. «Por sus frutos los conoceréis». Ciertamente lo interior es lo principal, como el alma que vivifica al cuerpo; pero lo que hay dentro, se muestra por de fuera.

¿No fue verdadera y profunda la transformación del mundo antiguo, mundo pagano, por la predicación de los Apóstoles, y en especial por la de San Pablo, con esclarecidísimo triunfo de Cristo y de su Iglesia? Y fue a la verdad evidentemente manifiesto. «Mirad cómo se aman», decían los gentiles, refiriéndose a la maravillosa caridad de los cristianos, que se les mostraba tan ostensible y admirable; y muchos abrazaban la fe cristiana, porque veían a las claras que inspiraba aquellos prodigios de caridad.

Notablemente grande y a todas luces patente la restauración católica en los siglos XVI y XVII, fruto victorioso del Concilio de Trento.

Y antes y después de él, ¡cuántos pueblos y ciudades, y aun regiones enteras cambiaron de faz, y se convirtieron de semipaganas en auténticamente cristianas por la acción fecunda y evidente de los grandes Santos, formadores de almas y de instituciones, y de los santos misioneros, transformadores de hombres y de pueblos! Entre mil y mil ejemplos, he ahí uno de época reciente, si bien en

ambiente reducido. Había no hace muchos años en una región de España un pueblo tan minado por el comunismo ateo que era denominado en los contornos con el nombre de «la pequeña Rusia». Fue destinado a la desolada parroquia de aquel pueblo un joven sacerdote, fervoroso y celoso, que entró en la parroquia con inquebrantable fe en el poder de la fe y de la gracia de Cristo, y singularmente en la eficacia transformadora del culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús, del que era sincera y profundamente devotísimo; y con las armas espirituales de este culto y devoción, en no muchos años cambió de tal manera la paz y hasta el alma y el fondo de aquel pueblo, que el antes llamado «la pequeña Rusia», era después conocido en los alrededores con la apelación de «pequeña Ciudad del Vaticano». ¿No es eso un brillante triunfo de Cristo y de su Iglesia? Y ¿no hemos de aspirar con todas las veras de nuestra alma a que tales triunfos se repitan y se difundan; que sean centenares y millares los pueblos y las ciudades donde sean ganadas las almas para la vida genuinamente cristiana; que florezcan en las familias las virtudes de la Familia Sagrada; que el espíritu de Cristo penetre en las leyes e instituciones, en las ciencias y en las artes, en las manifestaciones todas de la ciudad terrena; en una palabra, que sea reconocido Cristo como único Maestro y Salvador, y se cuente con su Iglesia, depositaria de su verdad vivificadora, y continuadora de su obra de redención para libertar a los hombres y hacerlos hijos de Dios, y restaurar las familias y las sociedades humanas según el plan deseado por Dios? ¿Dónde está nuestro amor a Cristo y a su Iglesia si esto no deseamos, si no aspiramos a ello, si no ponemos todas nuestras fuerzas en contribuir, cada uno en su esfera de acción y según la medida de la gracia del Espíritu Santo, para que se vayan ganando de continuo y con triunfo de Cristo y de su Iglesia, nuevas victorias contra el príncipe de este mundo, de modo que ya no reine el pecado y el vicio en las almas, en los hogares y en todo género de sociedades, sino que reine en todas ellas la verdad de Cristo, con sus virtudes, su caridad unificadora y su paz?

Quien desee ver ampliado todo esto, puede consultar los autores y obras antes citados.

CONFIRMACION DE LO ANTEDICHO CON LA SAGRADA LITURGIA

Parece mentira que los adversarios del «triumfalismo», muchos de los cuales tienen siempre en sus labios y en sus manos la Liturgia, sean tan miopes en la vista de su alma, que no vean en la misma Liturgia todo lo contrario; y cómo ella les desaloja de sus posiciones engañosas, y muestra evidentemente el verdadero sentir con la Iglesia.

Ya la Liturgia multisecular, desde tiempos antiquísimos, nos hace vivir la victoria triunfal de Cristo. ¿Qué es todo el tiempo del Adviento sino un ardiente saludo continuado, una aclamación al Rey divino, que va a venir para luchar, vencer y triunfar? La celebración del humilísimo Nacimiento de Jesús comienza, en la Liturgia, con estas vibrantes palabras: «El Rey pacífico ha quedado engrandecido, cuyo rostro desea la tierra universal; ha quedado sublimado el Rey pacífico por encima de todos los reyes de toda la tierra». Y no digamos nada de la

Liturgia de la Epifanía, que toda ella es regia y triunfal. Aun en el tiempo de Pasión resuena por doquier el himno «Vexilla Regis...»: Las banderas del Rey al aire ondean; resplandece el misterio de la Cruz... En el tiempo de Pascua celebramos la victoria definitiva de Cristo sobre el demonio, el pecado, la muerte y el infierno; y cantamos con la Liturgia: «El Caudillo de la vida —antes muerto, reina vivo»; «Tu, Rey vencedor, ten misericordia». Y finalmente en Pentecostés y en sus Dominicas subsiguientes nos lleva la Liturgia a desear, pedir y procurar eficazmente que el Espíritu Santo imprima y grave en nuestros corazones su ley de caridad, para que se penetren en ella nuestras almas y nuestras costumbres, individual y socialmente, y así todas las cosas se vayan restaurando en Cristo; triunfe El en todos y en todas las cosas. Pues sintamos con la Iglesia en su Liturgia.

Pero hay tres festividades litúrgicas, establecida la primera de ellas en la Edad Media, y las otras dos en tiempos recientes, que son aptísimas singularmente para hacernos vivir, en unión de la Iglesia, el victorioso triunfo de Cristo; son la del «Corpus Christi», la del Sagrado Corazón de Jesús y la de Cristo Rey. No desde el comienzo de la Iglesia la del «Corpus», pues data del siglo XIII, y recientes, repito, las otras dos; pero ¿acaso el Espíritu Santo inspiraba y guiaba a la Iglesia de Cristo tan sólo en los tiempos primitivos de ella, y no siempre, por lo tanto también ahora? ¿No decimos con toda propiedad que el Magisterio de la Iglesia es Magisterio vivo, y que no tan sólo nos enseña y transmite la verdad de la divina revelación, sino que nos da el genuino sentido de todas las verdades reveladas, y las aplica, bajo la luz y guía del Espíritu Santo, a las circunstancias y necesidades de cada época? ¿Por qué, pues, hemos de estar conformes con la Iglesia en lo que instituyó y enseñó en los primeros siglos, y no en lo que enseña e instituye en los siglos modernos?

La misma Iglesia que estableció la conmemoración íntima de la Última Cena el Jueves Santo, quiso que con otra festividad, la del «Corpus», se celebrase pública y solemnemente el triunfo del Misterio Eucarístico, con todas las magnificencias, no sólo de la Liturgia, sino también, sirviéndola a ella, con las del arte en todas sus manifestaciones, y entre públicos regocijos. Sí, la celebración triunfal de la Eucaristía, no tan sólo en el recinto del templo, partiendo de la sacristía, sino también al aire libre, en calles y plazas, para que la ciudad terrena se santifique con la presencia real del que vino a santificarlo todo; para que el mismo Cristo repita ahora lo que hizo en su vida terrena, cuando «pasó y caminó haciendo bien y sanando todos los oprimidos del demonio» (Act. Ap., 10, 38), como dijo San Pedro al recordar lo que hizo Cristo al andar por las calles y plazas de Judea y de Galilea. También para que renueve Cristo entre nosotros su gloriosa entrada en Jerusalén, el Domingo de Ramos, y nos honremos todos a acompañarle, adornando las calles y las casas, llevando luminarias, cantando con música de alegría, celebrando su venida al mundo para salvarlo: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor; sálvanos en las alturas»; y todo con la mayor pompa y honra exterior que se le pueda dar en la tierra. Quiere ciertamente el Padre Celestial premiar y compensar con las procesiones gloriosas del día del «Corpus», las estaciones dolorosas y afrentosas que anduvo su Divino Hijo en la noche y día de su Pasión por las calles y plazas de Jerusalén; y le recibamos y adoremos como a nuestro Dios y Redentor, deseando y pidiendo que por el fruto de su Pasión y Muerte sean iluminadas todas las almas para una vida cristiana en lo íntimo de la conciencia, en lo recogido del hogar, y en lo público de las actividades sociales, vivificadas por su Evangelio.

Y la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, ¿no es la del triunfo del amor de Cristo, de aquel amor inmenso, humano y divino, ardiente, operante y sacrificado, que es la clave y la explicación de toda la vida y de toda la obra de El, y es la causa de nuestra salud y salvación, la de todos y cada uno de los hombres, y de todo el mundo redimido por su amor? Es esa fiesta la ocasión más pro-

picia, según los designios de la Iglesia, para que todos reconozcamos el amor de Cristo, y le correspondamos con nuestro amor; y de tal manera, que la fuerza de un amor verdadero a Cristo, amor de correspondencia al suyo, sea la gran fuerza que nos mueva a pensar y a vivir en cristiano, que nos sostenga y nos dé la victoria en nuestras luchas por la vida eterna, y nos lleve a penetrar del espíritu de Cristo, que es espíritu de amor de caridad, todas nuestras actividades individuales, familiares y sociales; en una palabra, que también ahora y siempre, y en todo, triunfe el amor del Corazón de Cristo.

Finalmente, las fiesta de Cristo Rey, que es la que miran con menos simpatía, por no decir más de reojo, y con prejuicios y prevenciones, los de «nada de triunfalismo», ha sido establecida por la Iglesia, bajo la inspiración del Espíritu Santo, para que unidos todos en un solo corazón y una sola alma, celebremos los admirables designios de Dios, que «quiso restaurar todas las cosas en su Hijo queridísimo, Rey del universo»; y pidamos, con la Iglesia, «que todas las familias de las gentes, disgregadas por la herida del pecado, se sometan a su suavísimo imperio» (Orac. de la Misa y Oficio). Y ¡de qué manera tan resuelta, y tan en consonancia con el Evangelio y con la doctrina de San Pablo y de todos los siglos cristianos, cantamos: «A Ti, oh Príncipe de los siglos, o Ti, oh Cristo, Rey de las gentes, te reconocemos como único árbitro de las mentes y de los corazones. Clamó la criminal turba: «no queremos que Cristo reine sobre nosotros»; pero nosotros, en ovación unánime, te aclamamos Rey supremo de todos. Oh Cristo, Príncipe que obras la paz: somete las mentes rebeldes; y a los que están desviados de tu amor, congégalos en un solo redil. Para esto pendes del árbol ensangrentado, con tus brazos extendidos; y nos muestras tu Corazón, traspasado por la cruel lanza, pero ardiendo en llamas de amor. Para esto te escondes en los altares, bajo las especies de pan y vino; derramando de tu pecho abierto la verdadera salud a los hijos de Dios. Que los jefes de las naciones te ensalcen con públicos honores; que te obsequien con su adhesión a Ti los maestros y los jueces; que las leyes y las artes te manifiesten. Brillen refulgentes las banderas de las naciones, dedicadas a Ti; y con cetro de amorosa y suave bondad somete a tu ley y a tu amor las patrias y las casas de los ciudadanos de la tierra».

Así piensa, así canta, así ora la Iglesia en su Sagrada Liturgia. No es la fiesta de Cristo Rey una fiesta *conceptual* como equivocadamente se ha dicho; no es una fiesta ajena al Evangelio, como con manifiesto error se ha repetido. Prefirió Pío XI, de inmortal memoria, que en vez de que fuese la fiesta «de la Realeza de Cristo», como algunos, los menos, opinaban, lo cual es algo en abstracto, fuese, muy en concreto, la fiesta «de Cristo Rey», la de su victorioso triunfo, el que hasta ahora ha obtenido, y el que la Iglesia desea, pide y espera que obtenga en lo sucesivo y en progresiva marcha, hasta que sea Cristo «todas las cosas y en todos» (Col., 3, 11), como lo deseaba ardientemente San Pablo. ¿No lo desearemos también nosotros, unidos a la Santa Madre Iglesia? Será ese el gran triunfo de Cristo.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

De la Liturgia de Cristo Rey

(Himnos traducidos por el P. Juan María Solá, S. I.)

VISPERAS

Te saeculorum Principem,
Te, Christe, Regem gentium,
Te mentium, te cordium
Unum fatemur arbitrum.

Scelestas turba clamitat:
Regnare Christum nolumus:
Te nos ovantes omnium
Regem supremum dicimus.

O Christe, Princeps Pacifer,
Mentes rebelles subjice,
Tuoque amore devios
Ovile in unum congrega.

Ad hoc cruenta ab arbore
Pendes apertis brachiis,
Diraque fossam cuspide
Cor igne flagrans exhibes.

Ad hoc in aris abderis
Vini dapisque imagine,
Fundens salutem filiis
Transverberato pectore.

Te nationum praesides
Honore tollant publico,
Colant magistri, iudices,
Leges et artes expriment.

Submissa regum fulgeant
Tibi dicata insignia:
Mitique sceptro patriam
Domasque subde civium.

Jesu, tibi sit gloria,
Qui sceptrum mundi temperas,
Cum Patre, et almo Spiritu,
In sempiterna saecula. Amen.

A Ti, Rey de los siglos confesamos
Príncipe excelso de las gentes todas,
Del corazón y de la mente humana
Único Dueño.

Cuando las turbas desalmadas gritan
—No, no queremos que Jesús impere—
De gozo inmenso rebosando, oh Cristo,
Rey te aclamamos.

Príncipe augusto de la paz, subyuga
las duras frentes a tu fe, y la oveja
Descarriada a tu redil la torna,
Tórnala, oh Cristo.

Por eso en árbol sanguinoso pendes,
Allí enclavados los abiertos brazos,
Con fiera lanza el corazón herido
Arde en amores.

Tu ser, por esto, sobre el ara santa
del pan y el vino en las especies cubres,
Y abierto el pecho la salud derramas
Sobre tus hijos.

De las naciones los supremos Guías
Te glorifiquen con patente culto;
artes y leyes, jueces y maestros
Tu cetro acaten.

Bajo tus plantas los blasones regios
Ríndanse humildes do su brillo ostentes,
Con blando cetro a tu poder sujeta
Patria y hogares.

A Ti alabanza sempiterna sea
Tú que el destino de los pueblos riges,
a Ti y al Padre y al divino Espíritu
Gloria infinita.

MAITINES

Aeterna Imago Altissimi,
Lumen, Deus, de Lumine,
Tibi, Redemptor, gloria,
Honor, potestas regia.

Tu solus ante saecula
Spes atque centrum temporum,
Cui iure sceptrum gentium
Pater supremum credidit.

Tu flos pudicae Virginis,
Nostrae caput propaginis
Lapis caducus vértice
Ac mole terras ocupans.

Diro tyranno subdita,
Damnata stirps mortalium,
Per te refregit vincula
Sibique caelum vindicat.

Eterna Imagen del muy Alto, salve
oh Dios, de Lumbre sempiterna Lumbre,
A Ti prez regia, Redentor la gloria
Y el poderío.

Ante los siglos, de los tiempos fuiste
Tú solo centro y esperanza cierta
A quien el Padre confió el supremo
Cetro del mundo.

¡Oh Flor de casta y pudorosa Virgen,
Aurea cabeza del mortal linaje,
Piedra que cae de la cumbre e hinche
La tierra toda.

Esclava un tiempo de feroz tirano
La estirpe humana condenada, sólo
por ti, ya rota la cadena, sube
Libre a los cielos.

**Doctor, Sacerdos, Legifer
Praefers notatum sanguine
In veste «Princeps Principum
Regumque Rex Altissimus».**

**Tibi volentes subdimur,
Qui jure cunctis imperas:
Haec civium beatitas
Tuis subesse legibus.**

**Iesu, tibi sit gloria,
Qui sceptrum mundi temperas,
Cum Patre, et almo Spiritu,
In sempiterna saecula. Amen.**

Legislador, Maestro, Sacerdote
Bordado en sangre por empresa traes
En tu vestido: «Príncipe de príncipes,
Rey de los reyes».

A Ti gustosos nos rendimos, manda
Tú que en justicia el universo riges;
Esta es la dicha de los pueblos, siempre
Seguir tus leyes.

Honor a Cristo que gobierna el mundo.
A Ti la gloria con el Padre sea,
Loor te den con el divino Espíritu
Siglos eternos.

LAUDES

**Vexilla Christus inclita
Late triumphans explicat:
Gentes, adeste supplices,
Regique regum plaudite.**

**Non ille regna cladibus,
Non vi metuque subdidit.
Alto levatus stipite,
Amore traxit omnia.**

**O ter beata civitas,
Cui rite Christus imperat,
Quae jussa pergit exsequi
Edicta mundo caelitus!**

**Non arma flagrant impia,
Pax usque firmat foedera,
Arridet et concordia,
Tutus stat ordo civicus.**

**Servat fides conubia,
Juventa pubet integra,
Pudica florent limina
Domesticis virtutibus.**

**Optata nobis splendeat
Lux ista, Rex dulcissime:
Te, pace adepta candida,
Adoret orbis subditus.**

**Iesu, tibi sit gloria,
Qui sceptrum mundi temperas,
Cum Patre, et almo Spiritu,
In sempiterna saecula. Amen.**

Cristo triunfante por doquier tremola
la enseña ilustre; apresuraos, gentes,
y al Rey de reyes, vitoreando humildes
Dad vasallaje.

No con ruinas conquistó los reinos,
no con terrores ni sangrienta espada:
Alzado en cruz, con amorosa fuerza
Todo lo atrae.

¡Mil y mil veces bienhadado el pueblo
Do Jesucristo a su sabor impera,
Donde se cumple con tesón las leyes
Dadas del cielo.

Do no llamean las impías armas,
Y la Paz firme los contratos sella;
donde sonrío la concordia y reina
seguro el orden.

Do la fe mutua a la esposa guarda,
Sube lozana juventud, florecen
Con el pudor y la humildad los píos
Castos hogares.

Brille por fin tan deseada lumbre
Y el mundo hincado tu deidad adore,
Dulce Jesús ¡en quien la Paz ha hallado,
Fuente de dichas.

Loor a Cristo que gobierna el mundo,
Honor al Padre con el Santo Espíritu;
ahora y siempre por eternos siglos
Himno de gloria.

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas. año
» de amistad de 200 a 1000 Ptas.
» de protección a partir de 1000 »
Número suelto 20 »

CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Teléf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Teléf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION

INICIOS DEL SIONISMO

Efectos de la emancipación dentro de la comunidad judía

La desaparición de la vida comunal judía concentrada en el Ghetto, y la mezcla, cada vez mayor, de las reliquias de Israel con la Sociedad en general, habían de traer consecuencias muy importantes. Todo cuanto podemos llamar intelectualidad judía había de acusar el cambio. Leopoldo Zunz inició la introducción de la Crítica, en el sentido moderno, dentro de los estudios tradicionales hebraicos. Entre sus discípulos, descuella Moritz Steinschneider (1816-1907); el mayor de los bibliógrafos hebreos efectuó una verdadera propaganda sobre el acervo hebraico en la historia europea. Lo que podríamos llamar antigua escolástica judía emprendió nuevos rumbos de tipo filosófico con Krochmal (que intentó confluir la tradición de su pueblo con las doctrinas hegelianas imperantes en su época), con Rapoport, con el ya citado eminente profesor judeo-italiano Samuel David Luzzatto de Padua (1800-1865) y Isaac Samuel Reggio de Gorizia (1784-1855): con ello se inició el gran movimiento intelectual israelita conocido en Alemania y Centro-Europa por Jüdische Wissenschaft centrado en multitud de publicaciones. El antiguo «Rabbi» fue sustituido ahora por un tipo de pastor: y, al efecto, vemos establecerse verdaderos seminarios rabínicos. Incluso en Rusia, aun cuando en menor escala, dada la menor categoría social y económica de las comunidades judías allí establecidas, y a su manera, se registra este reflorcer en el movimiento llamado Haskalah (que significa: «las luces», cosa muy propia de su época). Paralelamente, adquiere cada vez mayor madurez lingüística el Yiddish (o lengua mixta judeo-alemana) con cultivadores tan ilustres como Shalom Rabinovitz que ha sido justamente equiparado a Mark Twain; como Mendele Mocher Seforim que lo ha sido con Dickens, etc.

Al mismo tiempo, la asistencia de muchos judíos, sobre todo jóvenes, a los cultos cristianos, les iba llevando a una posición de frialdad hacia las ceremonias de la sinagoga o de la comunidad, que les parecían pobres; asimismo, iba menguando el cultivo de la propia lengua, de la propia literatura y tradiciones. Todo ello llevó, especialmente en Alemania, a una verdadera Reforma de la Sinagoga, y, en imitación de la reforma protestante, se llegó incluso a la confección de un moderno libro oficial de oraciones.

Poco a poco esta Reforma fue tomando un gran cuerpo; una verdadera revolución contra el mismo Talmud: un repudio de toda la estructura rabínica. Tan sólo la Biblia escapó a este movimiento. La vieja idea mesiánica se iba convirtiendo en una especie de «mesianismo» que el mismo pueblo hebreo debía llevar a cabo en su dis-

persión. Llegóse incluso a transferir el Sábado al Domingo, constituyéndose lo que podríamos llamar los judío-liberales a su manera. El Rabino Raphael Hirsch, de Francfort, fue quizá la más descollante personalidad de todo este cambio de mentalidad, de la que fue exponente el deseo de ver cambiado el nombre de judío (que, como reminiscencia de los tiempos del Ghetto lo consideraban como oprobioso) por el de israelita o hebreo.

Y así tenemos, dentro de la sinagoga, una lucha entre lo tradicional y lo reformista. Entre tanto, a los ojos de muchos judíos, la Crítica había minado el prestigio de la Biblia, y, por lo tanto, la posición de los liberales (que sólo querían la Escritura y rechazaban la tradición y el Talmud) volvía a menguar. En una palabra, una situación de confusión ideológica muy acentuada se registraba en los restos dispersos de Israel, precisamente al alcanzar su emancipación.

Progresiva mancomunidad entre las mancomunidades judías

Más, si cabe, que en siglos anteriores, el XIX trajo, como vívido contraste, el progreso registrado en los países —más o menos los que ahora llamamos del mundo occidental— avanzados, con los de la Europa oriental y Mediterráneo levantino. Por ello, no es de extrañar que las comunidades judías establecidas y prósperas, en Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, etc., extendiesen su ayuda, al principio humanitaria y económica, y más tarde incluso política, a las juderías perseguidas bajo la férula de los Zares o de los Sultanes. El primer fenómeno destacado de estos hechos, fue lo acaecido con la persecución desatada contra los hebreos en Damasco en 1840. Moisés Montefiore, destacado israelita británico, que había sido nada menos que Sheriff de la City, junto con el ya citado Adolfo Crémieux, iniciaron un verdadero movimiento mundial en pro de sus hermanos de raza, cerca del Gran Señor turco y del no menos famoso Mahomet Ali de Egipto, siempre muy sensible a las influencias occidentales. Las gestiones obtuvieron un éxito triunfal. El «Board of Deputies of British Jews» volvió a adquirir, en Inglaterra, la categoría de un parlamento israelita.

Al amparo de otros incidentes, y haciéndose, a la vez, campeones de otras minorías raciales también perseguidas en el mundo oriental, de la acción de ambos líderes, brotó la «Alliance Israélite Universelle» primer intento de gran mancomunidad judía cuyo eco en Inglaterra era la «Anglo Jewish Assotiation» y en Alemania la «Hilfsverein der Deutschen Juden». Así llegamos al año 1870, cuando Europa se estabiliza, por 40 años, bajo el signo del Imperio Alemán, y el mundo bajo el de la llamada Paz Victoriana.

Cuarenta años de acción y reacción

Siempre piedra de contradicción, el pueblo judío vino sufriendo los eternos flujos y reflujos de su destino; y en tan importante época, más visibles que nunca.

Parecía que, con la desaparición del Poder temporal del Papa, y el triunfo de los nacionalismos liberales de 1870, se abrían —y así fue— una nueva era para las Comunidades judías. En la Gran Bretaña, un judío, Disraeli, le consagraba el Imperio. Mas no todas las corrientes eran favorables a la emancipación de Israel.

Renan fue el primero en popularizar, con Chamberlain, la concepción del término «Semita» en contraposición al «Ario», concepción que hizo fortuna muy pronto en Alemania, con toda su secuela antropológico-social. En 1878, por resentimientos políticos, Bismarck atizó estos sentimientos, fomentando los primeros racistas germanos: Marr, Gogla, Dühring. El anti-semitismo moderno había nacido. En 1881 el Canciller aprobaba la Liga Alemana anti-semita a la que se adhirieron más de 250.000 personas. Por tanto, ya en el Imperio liberal alemán se registró una como nueva diáspora y persecución, surgiendo leyes y disposiciones discriminando otra vez a los judíos como en pleno Medio-evo. Dicho movimiento se extendió asimismo al Imperio austro-húngaro.

Estamos, pues, enfrente de un nuevo fenómeno, que es indispensable para conocer bien la máxima manifestación del anti-semitismo en la Historia toda: la gran persecución nazi (que había de traer, a su vez, como consecuencia y reacción definitivas, la restauración política de Israel).

Pero este estudio exige hagamos, previamente a él, una mención, siquiera somera, al misterio de la Judeo-Masonería.

La Judeo Masonería, especialmente hacia el fin de siglo

Nos habíamos propuesto no extendernos, ni quizá tocar siquiera, este tema en este nuestro trabajo. Mas ello, sobre la marcha, hemos debido reconocer resultaba imposible. La esencia, la historia del pueblo judío, con su enorme proyección y trascendencia, está demasiado ligada a los grandes problemas religiosos y sociales, para que podamos silenciar este aspecto.

¿Por qué habíamos intentado no hacer mención de él? Sencillamente, porque el objeto de nuestro trabajo es, como reza su título, la Historia del Pueblo judío después de su Dispersión, y habíamos creído poder limitarnos a su historia digamos estricta, lo que nos hemos hallado ser imposible.

En forma alguna, esta proyectada omisión de estudio o de atención —que habíamos intentado— hacia la Judeo-Masonería, debe ser considerada —hoy en día esta tentación está más viva que nunca— a una especie de claudicación o de liberalismo, deseoso de silenciar problemas tan vitales y vigorosos, y hacer lo que hoy se llama política de mano tendida o de barrer para adentro. No. Creemos, y hemos creído siempre, en toda su acritud, en la realidad de la Judeo-Masonería; creemos en su grande influencia durante siglos en el devenir social y político

del mundo. Creemos, y nos afirmamos en cuanto a lo largo de sus veinte años, CRISTIANDAD ha proclamado y debelado, hasta convertirse en uno de sus permanentes y más característicos «leit motiv». Por ello mismo, nos creíamos que no era necesario insistir en el tema.

Mas ello, de nuevo, hemos visto era imposible.

Cuanto acabamos de decir no empece, sin embargo, en que —y aprovechamos esta circunstancia para hacer la oportuna digresión— no reconozcamos que en los estudios sobre la Judeo-Masonería, por exceso de buena intención, se ha incurrido a veces en exageraciones visibles que, quizá, han desacreditado un poco el tema. Ni la Judeo-Masonería ha podido llegar a tener la fuerza absolutamente total e inverosímil que se le ha atribuido, ni una extensión tal que haya justificado la sospecha de apreciar una confabulación en cada esquina. La Judeo-Masonería ha sido, ni más, ni menos que esto: una Secta, probablemente la mejor organizada de todas, la más permanente y vivaz de todas, y aquella en que mejor se ha podido apreciar una intervención que, salvando cuanto acabamos de decir, hablando serenamente de las cosas, y sin exagerarlas, hay que reconocer como diabólica. Ya es bastante.

Secta, y, sobre todo, *conspiración*. La palabra conspiración es la que, a nuestro juicio, define y caracteriza mejor su acción y la eficacia de sus resultados.

Durante los últimos dos o tres siglos, y, sobre todo, en las alternativas y grandes cambios políticos, creación de nuevos Estados y unidades político sociales, puede verse la fuerza que, en su favor, muchas veces ha demostrado esta formidable secta conspiradora. De un modo patetísimo, y quizá el más espectacular de todos, se registró en el largo, intrincado, y sin duda habilísimo, casi genial, proceso de la Unidad italiana. Sin una perpetua, y al mismo tiempo, tan hábil como audaz, y cuando hacía falta cruel, conspiración, no se comprende haberse podido llegar a aquella difícil Unidad, que hoy nos parece la cosa más natural del mundo, más que era tan difícil e inverosímil, que arrancaba carcajadas de los mejores estadistas de su época, y ya no de sólo los reaccionarios a la Metternich.

La acción de la Judeo-Masonería explica la larugísima lucha religioso-política de Francia, desde la Revolución y el Imperio hasta nuestros días. Y la de tantos otros Países. España es un caso bien destacado, y todas las revoluciones en sus hijas ultramarinas de la América ibérica, otros. Y sería perderse tanto, y enfrascarse tanto por las ramas —de no querer seguir el tronco— el pretender historiar aquí tanto como podríamos decir, que, intentar hacer aquí la historia de la Judeo-Masonería, nos llevaría a hacer la de Europa y la del mundo entero durante más de dos largos siglos.

Ello no significa, repitámoslo una vez más, que siempre, su influencia, ha sido la de la que pueden tener, en los avatares políticos y sociales, unos —los más— audaces y potentes conspiradores. Mas nunca —no perdamos la serenidad— débese enjuiciar el fenómeno, atribuyendo toda la responsabilidad de los acontecimientos y catástrofes, ni siquiera el éxito, a menudo diabólico, de las grandes Subversiones, íntegramente a la Masonería. Ella ha tenido sus éxitos y sus fracasos, sus grandes y sus mediocres hombres, y, dentro de su secreto e impiedad, también sus desfallecimientos y grandes fallos. Y, mu-

chas veces —providencialmente— la impotencia, pura y simple, de llegar a más. No es verdad que la Masonería haya llegado a tanto como a ser, de hecho —bien está se haya dicho esto en hipérbole— dueña de los destinos de los pueblos, o algo así como la VI Potencia mundial.

¿Qué proporción alcanza dentro de la Judeo-Masonería el elemento judío? He aquí la pregunta que, dada la índole de nuestro trabajo, aquí más nos interesa. Sin duda alguna, muy grande. Mas no absoluta tampoco. En las sectas de iluminados, franc-masones, sobre todo en sus orígenes, en los siglos XVII y XVIII, los judíos aparecen en gran parte como sus fundadores, mas tampoco con mayoría absoluta. Ya hemos visto que la antipatía, la animadversión contra el judío era general, y que muchos impíos e irreligiosos, no por esto eran favorables a los judíos ni mucho menos. El judío, para su acción dentro de la Masonería, había muchas veces de ocultarse también, y dentro de la Secta a menudo se hallaba no menos despreciado y de nuevo relegado a su ghetto. Pero, sin duda alguna, dada la enorme capacidad conspiradora del pueblo hebreo, no es exageración atribuirle el papel, casi por lo menos, de fundador en los secretos masónicos.

Cierto que no puede tampoco alegremente, de modo general, como a veces se acostumbra, ligar, por principio, los términos de judío y de masón. El hecho de que muchos judíos interviniesen, apoyasen y conspirasen, fundasen logias, etc., no nos da derecho a vincular absoluta-

mente una cosa con otra. Aun en el caso probable de reconocer a la Masonería un origen y una inspiración judía, no tenemos el derecho de extender, a priori, de un modo absoluto, una identidad espiritual entre una cosa y otra, y fundir a Israel con la Masonería. Seguramente muchos judíos nunca, en su vida, actuaron como masones, ni aun algunos de los intelectuales hebreos que brillaron, y que hemos citado, sintieron atracción por las logias ni por sus confabulaciones.

Mas ello no puede hacernos extrañar se haya extendido el mismo concepto a unos y a otros, dada la influencia, singular, evidente y vigorosa de destacados elementos judíos, de enorme trascendencia, en la vida de la Masonería, ni en sus tristes, pero trascendentales éxitos.

Esta actuación judía dio, indiscutiblemente, un color y una orientación tales a la Masonería, y a todos los movimientos social-revolucionarios de las épocas, sobre todo, del siglo XIX y vecinas, que había de provocar, en lo que llamamos mundo de las derechas, la reacción a que antes nos hemos referido. Y un nuevo movimiento anti-semita de gran trascendencia, que había de culminar en los Fascismos y Dictaduras que todos hemos vivido. Mas ello será objeto de nuestro próximo artículo.

LUIS CREUS VIDAL

(Continuará.)

CURIA PRAEPOSITI GENERALIS

Societatis Iesu

Roma, Borgo S. Spiritu, 5

(Hay un sello)

Carta del Preósito General de la Compañía de Jesús al que fue Presidente del Apostolado de la Oración de la Iglesia del Sagrado Corazón de los PP. Jesuitas de Barcelona. Esta carta fue recibida por su familia y por el Celador don Enrique Clariana, después del fallecimiento de don Salvador Saus.

Muy estimados en Jesucristo:

Aunque sólo sean unas breves líneas no quiero dejar de agradecerles con todo el corazón sus afectuosas cartas, expresiones de felicitación y, sobre todo la promesa de sus oraciones. Dios N. Señor les bendiga por ello, a Udes. y a todos los suyos. Mucho le ruego a N. Señor que, según sus propios deseos, les meta muy adentro de su Corazón y les haga crecer en Gracia y conocimiento de su Amor. Encomiendo de manera especial a esa obra del Apostolado de la Oración, para que crezca y de muchos frutos de santidad en esa ciudad de Barcelona en que tantos valores espirituales ha puesto Dios N. Señor.

De mucho consuelo es para mí saberme así sostenido por la oración de tantos buenos amigos y a cambio de ello tengan la seguridad de las mías. A sus familiares, miembros de la Asociación y al P. Director de la misma, mis mejores saludos.

Affmo. en el Señor les bendice agradecido

Firmado

Pedro Arrupe, S. J.

Preósito General de la Compañía de Jesús

La aplicación de las normas litúrgicas

La carta del 30 de junio de 1965 dirigida a los obispos de Italia por el cardenal Lercaro, presidente del CONSILIUM, confirma las más lisonjeras esperanzas sobre los frutos de la reforma litúrgica, da sabias normas sobre cómo se ha de proceder en su aplicación y emite apreciaciones interesantes sobre cómo en ciertos casos se procede.

Por lo que atañe al segundo punto, se exige la debida disciplina jerárquica, a fin de que nadie se lance a iniciativas arbitrarias, y todos observen las prescripciones de los superiores legítimos, en la inteligencia de que, durante el período de transición que ahora atravesamos, «conserva su plena vigencia la antigua legislación litúrgica en todo aquello que no haya sido derogado oficial y explícitamente».

Por tanto, nadie puede hacer «experiencias» sin autorización expresa, escrita o comunicada por el CONSILIUM a los superiores competentes, en la cual se precisen los límites de la experiencia permitida. No ha dado jamás el CONSILIUM una licencia general ni la da en particular, sino es para ciertos medios preparados y escogidos, por un tiempo definido, y bajo la vigilancia de la sagrada jerarquía.

Ahora, dos palabras en comentario de lo que el cardenal dice sobre algunos pormenores, y especialmente sobre la mejor manera de armonizar la misa de cara al pueblo con el honor debido al Señor en el tabernáculo.

Hemos de afirmar desde luego que, en cuanto vamos a decir, nos inspira el cordial deseo de seguir las directrices, bien entendidas, de la autoridad eclesiástica; no las ideas de ciertos escritores y fautores del movimiento litúrgico, sobre el cual teorizan sin competencia jerárquica, aunque no siempre sin prejuicios y sin desordenada pasión.

Se pretende con la reforma litúrgica una participación activa y plena del pueblo, sobre todo en la Santa Misa. No sólo la participación material, realizando él mismo los actos correspondientes, como responder al sacerdote o a otros ministros, recitar ciertos pasajes de la Escritura y oír otros, cantar a su tiempo, arrodillarse, levantarse y sentarse cuando convenga..., sino la formal, a que la material se ordena, de unirse espiritualmente al sacerdote en la celebración del augusto misterio, y a Jesucristo mismo, principal oferente y augusta víctima allí operante y presente.

No se ha de confundir una participación con otra, ni se ha de estimar la material sino en cuanto conducente a la espiritual.

Y podría darse el caso de que una misa oída al estilo antiguo, con viva fe y sabroso conocimiento y sentimiento de su sentido sublime, aunque sin tanta y tan sonora actividad de palabras y movimientos corporales, implica-

ra más intensa y provechosa actividad de los que así la oyeran, y una mejor armonía de la participación espiritual y de la material con el deseable predominio de la primera sobre la segunda, y del aspecto personal de hijo de Dios y de su santa Iglesia sobre el global, indeterminado y comunitario de miembro de una asamblea.

El mejor modo de asistir a la Santa Misa es el que a cada uno más le facilite la devota unión con su Señor; y, con El, en El y por El, con la Trinidad Augusta, en una extática elevación de fe, esperanza y caridad, dígase la misa de cara al pueblo o de espaldas, leyendo cada uno en su misal lo que corresponde al día y el mismo canon, u oyéndolo del celebrante y de los ministros, o simplemente entregándose a la moción del Espíritu Santo.

Sin que con tal verdad se niegue otra muy importante, y es que, para la masa, en general, es necesario insistir en la participación material como estímulo e impulso para que, en lugar de estar ociosa y distraída, su atención pueda elevarse a la realidad sobrenatural, y de ella reciba luz y calor de vida; aunque esa participación material no debería impedir ni dificultar el trato particular y libre de cada uno con su Dios y Salvador, ni la acción del Espíritu Santo, no sólo fuera sino dentro de la Santa Misa; máxime cuando, como acontece hoy a tantos, no dispongan de otro tiempo para recogerse con alguna holgura, reflexionar sobre los asuntos de su alma y dialogar con su Creador y Redentor; que entre día sólo pueden elevar el alma a la región del mundo sobrenatural mediante brevísimas jaculatorias y rápidos actos internos, no con sosegadas consideraciones y oraciones.

Cuanto a la eficacia de la celebración de cara al pueblo, en orden a promover esa participación no sólo material, sino espiritual de los asistentes, será menester hacer algunas distinciones.

Es indudable que las lecturas y oraciones en la lengua vulgar han de pronunciarse mirando al pueblo, pues se leen y recitan así para que el pueblo las entienda con sólo oírlas, sin necesidad de leerlas él mismo; y, es claro, no las oirá tan bien, si se leen o recitan dándole la espalda.

Aunque la experiencia muestra que, mientras el sistema de altavoces no se perfeccione, gran parte de los fieles, aun de los que tienen buen oído, se quedan sin entender las lecturas, por no oírlas: oyen sonidos, y bien fuertes, por cierto, pero no perciben ni palabras ni frases. Esto acontece en muchos sitios de las grandes iglesias, y no sólo en los muy alejados del altar en que se celebra. Y sólo se sale del apuro leyendo la misa en el propio misal, que sigue siendo indispensable —y no sólo bajo este aspecto— digan lo que quieran esos impulsivos defensores litúrgicos. En tal caso, esto es, en tales condiciones acústicas, ¿qué utilidad tiene el uso de la lengua vernácula y la celebración de cara al pueblo?

Pero supongamos que en la primera parte de la misa, la referente a la palabra del Señor, todo procede como es razonable, y entonces esté indicada para el sacerdote y los ministros la actitud de cara a los asistentes.

¿Es evidente que lo está durante la parte eucarística, o sea durante el canon y hasta el momento de la comunión sacerdotal inclusive? En otros términos, ¿participará el pueblo más activamente en el augusto misterio durante el canon, si está viendo de frente al celebrante, que si no lo está?

Ciertamente no, por lo que atañe a la inteligencia de la oración litúrgica, mientras el canon se lea en voz baja y en latín; pues el pueblo entonces, si ha de seguir el canon, ha de usar el texto castellano del misal propio.

¿Y si se atiende a que, viendo el pueblo de frente al sacerdote, quizá perciba mejor sus acciones rituales y se interese más por el augusto misterio?

Opino que, en las Iglesias grandes, y aun en las pequeñas, a la distancia de la mayor parte de los fieles, es imposible percibir con distinción los ritos concretos; sólo se perciben con cierta imprecisión; y esa percepción, en realidad, nada añade al conocimiento que todo asistente tiene ya de todas ellas por lo que se contiene en las rúbricas de su misalito y por lo que, aun viendo al sacerdote de espaldas, se puede advertir y de hecho se advierte.

Sin contar con que una atención excesiva a esos pormenores, por captarlos en toda su concreción y en todas las misas, más bien causará curiosidad y distracción que devoción. Bastará conocerlos habitualmente por las rúbricas, sin necesidad de tanto atender a ellos en cada acto litúrgico. No veo, pues, que estar el sacerdote de cara al pueblo durante el canon favorezca apreciablemente la devota participación del pueblo en la Santa Misa.

Pero hay, además, otras razones que desaconsejan la celebración de esa segunda parte de la misa mirando al pueblo: una, de parte del pueblo mismo; otra, de parte del sacerdote; y las dos interfieren y forman una sola de gran peso. Para mí, decisiva. Veámoslo.

El sacerdote, con frecuencia, puede estar, y de hecho está, acatarrado, y por esa u otras causas tiene accesos molestos de garraspeo, tos, estornudo, y miserias semejantes..., y ha de utilizar el pañuelo para tantos detalles como pueden suponerse.

Además, unas veces por intensa y tierna devoción a la que sea propenso; otras, por graves preocupaciones y fuertes impresiones y emociones, o bien se distraerá, o bien, sin distraerse, se verá en la imposibilidad de ocultar su situación interior, por esfuerzos que haga para lograrlo.

¿No será penosísimo para él que, en tales situaciones, le estén mirando al rostro?

A la verdad, en esos casos se defendería mejor de espaldas que de cara al público. Y el público mismo saldría ganando de no presenciar esas escenas, incluso cuando se tratara de santos afectos de devoción expresados en el rostro del sacerdote.

No comprendo cómo no se tiene compasión del sacerdote para liberarlo de tales molestias en tan corrientes trances; ni respeto a su independencia y libertad en los momentos augustos del canon, para que actúe con el secreto y atención debidos, sin distraerse con los espectadores, con los que entran y salen y pasan por delante de él, y con las curiosas miradas y sonrisas —por él cap-

tadas fácilmente— de personas frívolas, y con la inocente irreverencia de niños que juegan, corretean y se esportanean.

Si, pues, estar de frente al público, durante el canon, mucho más conduce a la distracción de los asistentes que a la devoción, y, por otra parte, puede originar al sacerdote no sólo las susodichas situaciones tan molestas, sino turbaciones que le impidan entregarse con plena concentración de espíritu a la acción sagrada, parece que la segunda parte de la misa ha de celebrarse de espaldas al pueblo.

Pero además, en hacerlo así, se hallará, según pienso, la solución radical, más sencilla y acertada para resolver el problema de armonizar los bienes de la misa de cara al pueblo con el honor debido a Jesucristo en el Santísimo Sacramento que ha de manifestarse en la posición del tabernáculo.

Porque no es decoroso celebrar de forma que se le dé la espalda habitualmente, cuando en él está reservado el Señor; y, si para no dársela, se traslada fuera del altar donde se celebra, ha de procurarse a toda costa que sea a un lugar preeminente de la iglesia, fácilmente visible para todo el que en ella entra, y con el ornato que pide la presencia real de Jesucristo entre su pueblo; lo cual no es nada fácil, como consta por la experiencia. Por lo pronto es claro al cardenal que ninguna de las soluciones hasta el presente intentadas parecen plenamente satisfactorias; y algunas son, sin duda, indecorosas. Opina que sería razonable erigir, sobre todo en las grandes iglesias, una capilla especialmente destinada «a la conservación y adoración de la Eucaristía, y en la que podría celebrarse, los días ordinarios, cuando el número de los fieles no fuera grande». Claro que esa celebración no sería de frente al pueblo.

Pero fuera de esta solución, que no deja de tener sus inconvenientes y aun es imposible en innumerables iglesias me atrevería a sugerir otra que estimo la mejor.

Empezaremos por destruir el mito de la misa entera de cara al pueblo. El mismo cardenal Lercaro afirma que no es indispensable celebrarla así, también en la parte segunda o eucarística. Entonces, limitarse a celebrar la parte primera, cuando hay pueblo, como se viene haciendo, o sea leyendo los pasajes escriturísticos y recitando las oraciones de frente, pero a los lados del altar. Durante el canon, hasta el fin de la misa, estar de espaldas.

Así desaparece la razón de trasladar el Santísimo Sacramento del centro del altar donde se celebra, a otro lugar de la iglesia, sólo por la necesidad de no darle la espalda durante la misa; pues no se le da nunca, ni en la primera parte, como está dicho, ni en la segunda, salvo transitoriamente, como siempre se ha hecho en el rito tradicional, al decir *DOMINUS VOBISCUM*, al despedir al pueblo, al bendecirlo, y en alguna otra ceremonia semejante. No dudo de que muchas personas sensatas comparten mi parecer. Si alguno disiente, haría muy bien en exponer y razonar el suyo.

Considérese además que, sin razones decisivas, no podemos demoler, ni siquiera dejar ociosos o como elemento de mera ornamentación, los altares de las iglesias anteriores a la reforma litúrgica, tantos y, con frecuencia, tan preciosos. Y sin demolerlos, ¿cómo y dónde será factible erigir otros aptos para misas de cara al pueblo?

E. GUERRERO, S. J.

La unidad Católica Española

La literatura que partiendo de situaciones de hecho o de meras opiniones particulares, sean del cariz ideológico que se quiera, pretende defender o atacar ideas referentes a las relaciones entre la Iglesia y el Estado ha sido abundantísima en estos últimos tiempos. La declaración de un obispo en el aula conciliar, la editorial partidista en periódicos fríos en materia religiosa o la conferencia propagandística han servido generalmente para crear falsas ilusiones y siempre para confundir al sufrido cristiano español que, como dijo alguien con fina ironía, también tiene derecho a que se le respeten sus opiniones.

Por este motivo nos ha parecido de gran importancia el libro del Dr. Gamba (1), catedrático en Madrid, que se ha limitado a desarrollar la doctrina católica partiendo de los principios generales para descender después a situaciones más particulares. Sin pretender menospreciar a insignes teólogos, defensores de la unidad católica de España, que en estos últimos años han tratado el tema con verdadera valentía, creemos que la obra que comentamos es de sumo interés. No porque el autor descubra nada nuevo sino precisamente porque se ha limitado, con gran seguridad, a desarrollar la doctrina de los grandes tratadistas, que no siempre ha sabido ponerse al alcance del católico español medio.

La obra consta de siete apartados: La sociedad humana y sus raíces naturales, Significación religiosa del Estado y del Derecho, Noción de Comunidad, El sentido religioso de nuestra Historia, El ideal de coexistencia y la doctrina pontificia, La raíz histórica y emocional del Progresismo católico y El caso español como tributo y como esperanza. De los tres primeros se desprende ineludiblemente todas las consecuencias que sobre el caso español puedan darse. Aunque se aparte algo de la línea general de la obra es de gran importancia el capítulo dedicado al progresismo católico que el autor estudia desde el punto de vista de la *aceleración de la Historia*. Esto no presupone al Progresismo como una consecuencia de las

circunstancias históricas del momento en que ha aparecido y por tanto dado a desaparecer en cualquier otra situación. Porque esta aceleración no es un fatal *devenir* histórico como pretende el materialismo sino una manera concretísima de pensar, que es la misma, que conduce a la idea del *Progreso*, no en el sentido de mejora sino de cambio. Cambio acomodaticio para cada momento a fin de lograr que la «idea nueva» sea compatible con la nueva situación sin reparar en que se llega a este punto por distintos caminos pero partiendo de la misma fuente que es el Racionalismo.

Este mismo progresismo es el que ha logrado que la juventud española desconozca completamente la Historia haciéndole olvidar que desde Recaredo hasta nuestros días no tenemos más glorias que las que nos ha proporcionado la defensa de la Cristiandad, desde Covadonga a Lepanto y a través de todos los mares. Esta verdad de nuestra Historia, que plasmara en letras nuestro insigne Menéndez Pelayo ha servido al Dr. Gamba para concretar en una situación determinada la doctrina general de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

Párrafo aparte merecen las circunstancias en que ha aparecido el libro. El mismo autor habla en él de que se necesita más valentía para defender la verdad que la mentira y por esto nos pareció un gesto magnífico el que una editorial, en este caso «Editorial Católica Española» de Sevilla, convocara el «Premio Vedruna 1965»... «consciente de los peligros que el pluralismo religioso entraña para nuestra sociedad atentando a su unidad moral y política...» A pesar del chiste fácil y la broma de mal gusto, el «Vedruna» salió adelante y ahí queda la obra premiada como muestra de que la Unidad Católica de España es «defendible» en buena ortodoxia a pesar de todas las ilusiones particulares.

MANUEL POCH CAMPDURA

(1) La unidad religiosa y el derrotismo católico», Rafael Gamba. Editorial Católica Española, S. A., Sevilla.



LA CULTURA

CINE EUROPEO Y AMERICANO

Al hablar de cine europeo y americano surge inmediatamente la interpretación «oficial» de las diferencias que separan a los dos y que hace al público tomar actitudes completamente distintas según vea una película hecha en Hollywood o en cualquier estudio de Europa. Esta distinta actitud, aunque en general en sentido completamente opuesto, se da también entre los «intelectuales» del cine. Para concretar diremos, simplificando, que el gran público prefiere el cine americano mientras que el minoritario se inclina apasionadamente por el nuestro.

Las diferencias, que indudablemente existen, se explican siempre con premisas materialistas o existenciales: América surgió de la Guerra Mundial con una economía más pujante, si cabe, de la que tenía antes de la contienda; por otra parte no había sentido de una manera directa los horrores bélicos, los campos de batalla quedaban muy lejos, y por esto se lanzó a la producción de films de gran coste económico y de mentalidad «alegre» o intrascendente. Por otra parte, nuestro viejo continente devastado por cinco años de dura lucha, con millones de muertos y hogares destruidos, roto económicamente, era apto para el resentimiento y la desesperación, el pesimismo y la «realidad». Esta actitud era cierta y podía justificar películas filmadas entre el cuarenta y cinco y el cincuenta que se hallaban inmersas en aquel famoso slogan: «la generación de la guerra busca a Europa»; slogan que siempre iba acompañado de niños abandonados, cadáveres y alambradas. Pero la primera paradoja surge cuando se pien-

sa que la mayoría de estas películas eran americanas. Esta situación que también influye en un buen número de autores literarios, pensemos en Werner Richter o en Virgil Gheorghiu, en modo alguno puede justificar el neorrealismo italiano y menos la «nueva ola» francesa.

Bastarían unos pocos hechos a modo de ejemplo para desautorizar esta interpretación «económica». Un estudio más a fondo de las características de los dos cines nos llevarán a encontrar la razón de estas diferencias en donde se encuentra la causa de todas las actitudes del hombre: en una filosofía, en un modo de entender la vida.

El cine americano de la postguerra puede englobarse en tres apartados: la comedia, el «western» y el policíaco. Salvo, claro está, alguna excepción. Nadie nos podrá negar esta clasificación por cuanto en ella se basa todo el desprecio hacia Hollywood. Triunfo del más fuerte, sea la autoridad estatal o particular, con menosprecio mal disimulado hacia el débil. En la comedia hay que añadir la alegría de la vida con ausencia de toda idea moral, desprecio por el matrimonio, la familia y la educación. Si ahora pensamos que los Estados Unidos han vivido en lo que va de siglo dentro del más perfecto positivismo y que éste ha influido en todas sus actitudes tanto particulares como públicas tendremos la explicación de su manera de hacer cine.

Por su parte el cine europeo, principalmente en lo que se refiere al neorrealismo italiano, a la «nouvelle vague» e incluso a algunos españoles tiene unos antecedentes mucho más

difíciles de catalogar. Pero creemos que no sería descabellado hablar de racionalismo, de Rousseau y principalmente de existencialismo. Dejamos aparte a Bergman porque, dígame lo que se quiera, está perfectamente encuadrado dentro del existencialismo más o menos ateo o más o menos cristiano. En los demás hay reminiscencias del «Emilio»: el desplazamiento del hombre sencillo del campo que llega a la ciudad, la corrupción por culpa de ambientes burgueses y egoístas, el joven en su enfrentarse con la generación anterior, etc. A pesar de su aparente religiosidad muchas de las películas del neorrealismo son una crítica despiadada del cristianismo sencillo y devoto del pueblo, contrapuesto a una religión perfectamente racional o a un ateísmo disfrazado de creencia. La influencia del existencialismo en el cine actual es incuestionable pero por ser una corriente filosófica de difícil acotación merece un estudio mucho más amplio que quizá en otro momento llevemos a término.

Pero la cuestión se complica cuando se repara en que la producción de estos últimos años no se puede hablar propiamente de dos mentalidades tan diferenciadas sino más bien de una mezcla de las dos, cosa que se nota principalmente en el cine americano. En la programación cinematográfica de Barcelona durante una semana del mes pasado, en salones de estreno, podían contarse ¡siete! películas marcadamente pornográficas y no se trataba de comedietas atrevidas sino de verdaderas películas de tesis, casi todas americanas.

Los comentaristas más o menos católicos hasta ahora habían tomado dos actitudes muy distintas respecto al cine. Unos consideraban al cine americano como inmoral por

ser intrascendente y dar una visión falsa de la vida y, en cambio, les parecía magnífico el de tesis porque «hacía pensar» y «denunciaba». Otros tenían una visión opuesta. El

cine europeo era demoledor mientras que el americano no tenía mayor problema porque —argüían— no dice nada. Creemos que tanto unos como otros tendrán ahora que

revisar su actitud porque las diferencias de antes han quedado muy reducidas y es difícil hablar desde el punto de vista moral de cine europeo y de cine americano.

JOSE M.^a MUNDET GIFRE

Burgos: cita con Séneca

Desarrollo: Solidaridad entre personas

Año tras año vienen celebrándose en Burgos los Cursos Internacionales del Instituto «Francisco Suárez». CRISTIANDAD ha venido dando cuenta puntualmente de ellos y, desde 1960, la presencia de un redactor asegura el nexo entre ambas instituciones. En pleno agosto se han desarrollado las tareas de su XIV edición que este año ha sido dedicada al tema del desarrollo socioeconómico en sus distintas vertientes jurídicas, filosóficas, históricas, culturales. Pero también ha querido dedicarse el curso al XIX centenario de Séneca y al estudio de su obra y doctrina. José María Codón Fernández, doctor en Derecho, académico, es el secretario general del Instituto. Catorce años al frente de los cursos suarecianos de Burgos. José María Codón ha accedido a hablarnos de los cursos y de sus temarios.

¿Cuándo surgió la idea de celebrar estos cursos?

Como consecuencia del centenario de Francisco Suárez se concitó un gran movimiento que produjo actos muy brillantes desde 1948 hasta 1951. La Asamblea celebrada en Bilbao este último año y la que al siguiente tuvo lugar en Coimbra agruparon a varios centenares de figuras del pensamiento mundial. De Bilbao surgió no sólo la idea sino también el acto de creación de este Instituto Histórico-Jurídico, centro universitario internacional, con sede en Burgos, y otro Instituto Filosófico, con

sede en Coimbra. Desde entonces se celebran ininterrumpidamente los cursos en Burgos.

¿Qué finalidad persiguen los cursos suarecianos?

La de estudiar y difundir las fuentes de la tradición jurídica universal, que pueden iluminar los problemas actuales y de futuro, y el pensamiento cristiano ejemplificado en el doctor eximio, acercando a postgraduados de las ciencias del espíritu a los problemas y principios de la filosofía de la ciencia y de la técnica y a la inversa.

¿Cómo se seleccionan los temas de los cursos?

Los temas de cada curso son monográficos y se escogen de acuerdo con la línea general antes expresada, en relación con la idea o el problema de más actualidad para conferencias y coloquios. Otro tema, de carácter más especializado y profundo, sirve de base a las sesiones de estudio y seminarios. También se estudia en cada curso la figura española, cuyo centenario o cincuentenario coincide con el curso, en este espléndido calendario de efemérides aleccionadoras que es la historia del pensamiento español.

El centenario de Séneca ha brindado su oportunidad este año. Pero ¿existe relación entre senequismo y suarismo?

A mi juicio, sí. El común denominador del celtiberismo, de la religión condicionante, del propio es-

tilo que responde a la fidelidad del pensamiento, relación el pensamiento de dos hispánicos del sur, tan distanciados por el tiempo. Pero sobre todo les fusiona estrechamente el universalismo. Si Séneca dijo que su patria era todo el mundo, Suárez hizo su sistema de la unidad del género humano, «no sólo específica, sino también política y moral». ¡Qué viejo es el ecumenismo en la tradición española!

Séneca y desarrollo, senequismo y vida moderna, ¿existen puntos de contacto?

La mente del senequista P. Elorduy ha hallado profundos puntos de contacto entre el desarrollo y las ideas del filósofo cordobés. La idea central del desarrollo es la solidaridad entre quienes ostentan la dignidad de personas humanas. El eje de la filosofía de Séneca tiene dos polos: solidaridad y persona. El moralista de la epístola 66 se cohonestaba maravillosamente con el autor de «De beneficiis» y con el empresario agrícola, generoso y social que era Séneca. Los puntos de contacto saltan, pues, a la vista.

¿Programa para 1966?

El guión general del curso será «Las libertades hispánicas» o concepto hispano de la libertad. El centenario que conmemoraremos será el de Francisco Granmontagen, el primer novelista de la emigración, burgalés nacido el 10 de octubre de 1866.

Nicolás LOMBARDO



INTENCIONES DEL APOSTOLADO DEL MES DE NOVIEMBRE

GENERAL: «Que todos acaten como es debido la autoridad legítimamente constituida y obedezcan fielmente según la norma de recta conciencia.»

MISIONAL: «Que la extraordinaria fuerza y la trascendencia moral del Evangelio sean conocidas entre los musulmanes.»



XLI DIA UNIVERSAL DEL AHORRO

31 OCTUBRE 1965

FAMILIA QUE AHORRA FAMILIA FELIZ

El arraigo del ahorro familiar en Cataluña y Baleares queda de manifiesto en la importante cifra de

SETENTA Y TRES MIL MILLONES DE PESETAS

a que asciende el saldo de las Cajas de Ahorros que integran la

FEDERACION DE CAJAS DE AHORROS CATALANO-BALEAR

Además de las operaciones tradicionales a que se dedican

CONCEDEN CREDITOS:

**PARA EL ACCESO A LA PROPIEDAD MOBILIARIA E INMOBILIARIA
PARA LOS PEQUEÑOS EMPRESARIOS AGRICOLAS, Y
PARA PEQUEÑOS INDUSTRIALES Y COMERCIANTES**

Asimismo estas Instituciones ayudan al bienestar colectivo con el sostenimiento de numerosas obras benéfico-sociales

**HOSPITALES - SANATORIOS - CLINICAS - DISPENSARIOS - COLONIAS
ESCOLARES - GUARDERIAS - HOGARES PARA LA VEJEZ - BIBLIOTECAS -
CONSTRUCCION DE VIVIENDAS ECONOMICAS
PENSIONES Y PREMIOS AL AHORRO - ESCUELAS GRATUITAS**

Confíe sus economías a las Cajas de Ahorros benéficas y cooperará a dar realidad social al lema bajo el cual han actuado durante el presente año.

**CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE BARCELONA
CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS DE CATALUÑA Y BALEARES
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE BARCELONA
CAJA DE AHORROS "SAGRADA FAMILIA"
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LAS BALEARES
CAJA DE AHORROS DE SABADELL
CAJA DE AHORROS DE TARRASA
CAJA DE AHORROS DE MANRESA
CAJA DE AHORROS DE MATARO
CAJA DE AHORROS DE MANLLEU
CAJA DE AHORROS DEL PANADES
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LERIDA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE GERONA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE TARRAGONA
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE POLLENÇA**